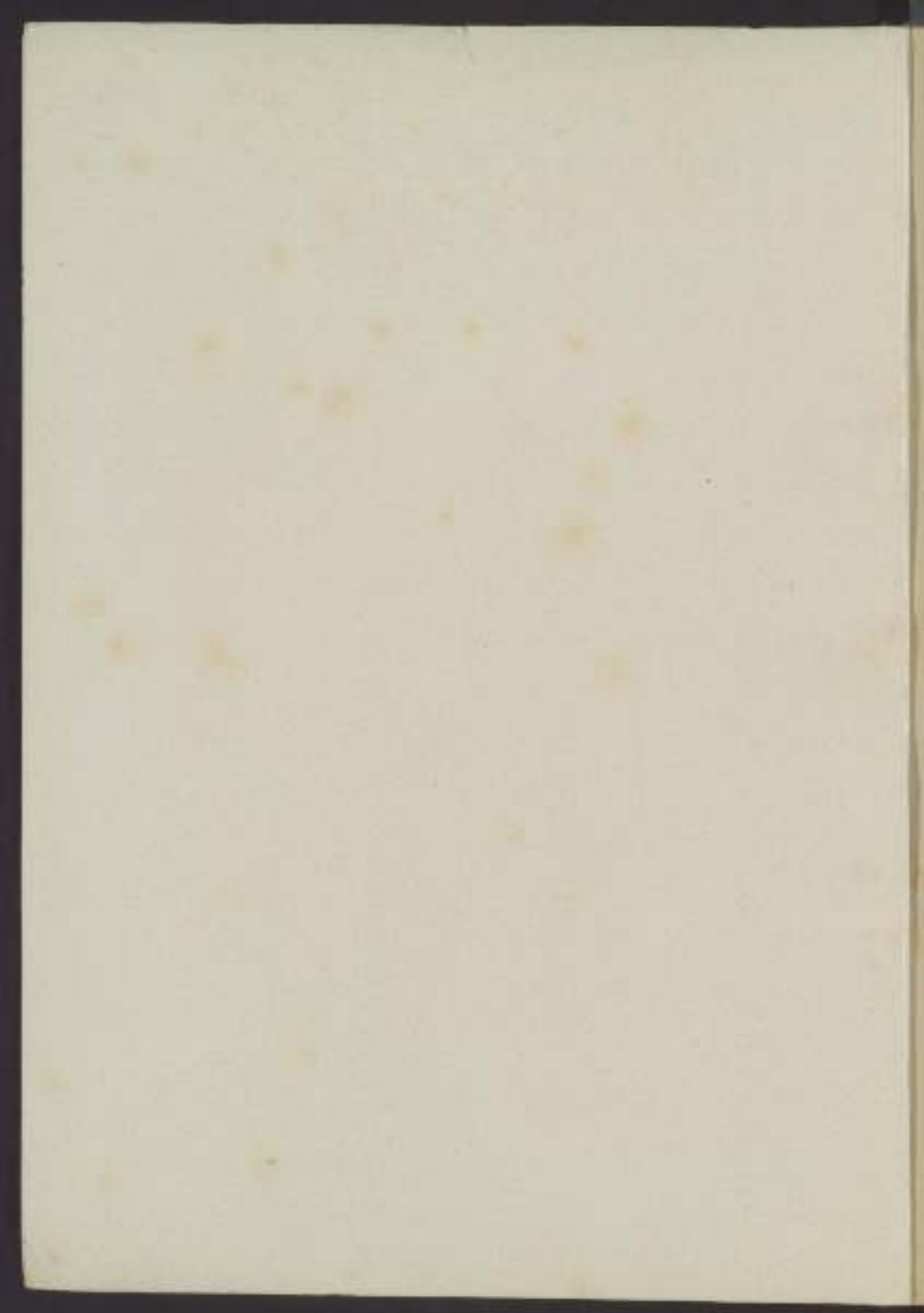


EL ALEGRE

# Candolero

Nino MARTINI  
Ida LUPINO  
Leo CARRILLO  
Mischa AUER





**EL ALEGRE BANDOLERO**



**EDICIONES BISTAGNE**

**EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

# **EL ALEGRE BANDOLERO**

Ingenioso y alegre asunto musical

Dirección

**ROUBEN MAMOULIAN**

Producción

**PICKFORD-LASKY**

para

**UNITED ARTISTS**

Exclusiva

**CEPICA**

Distribución

**LOS ARTISTAS ASOCIADOS**

PRINCIPALES INTÉRPRETES

NINO MARTINI  
IDA LUPINO  
LEO CARRILLO  
MISCHA AUER

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

*Argumento narrado por  
Ediciones Bistagne*



# El alegre bandolero

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

### CAPITULO I

#### METODOS MODERNOS Y ALGUNAS COSAS MAS

La situación era espantosa y, las escenas a que daba pie, terribles. Los gangsters atravesaban las calles como centellas, haciendo rugir los tubos de escape de sus poderosos automóviles, cuyos estampidos se confundían con el tableteo de las pistolas y fusiles ametralladores sembrando el pánico en toda la ciudad. Eran dueños absolutos de las vidas de sus enemigos y, de rechazo, de los habitantes de bien. En sus locas persecuciones, las continuas llamaradas de los disparos brotaban de las ventanillas de los vehículos, mientras el perseguido se estrellaba contra algún farol o el muro de alguna casa. Tomaban las curvas a velocidades suicidas, ladeándose peligrosamente, entre el rechinar de las cubiertas de las ruedas hasta alcan-

zar sus siniestros propósitos de muerte y de venganza...

Porque no acababa todo en su fantástica carrera. Una vez se habían apoderado de su enemigo, lo amordazaban y lo rodeaban con un ominoso círculo de pistolas. El capturado estaba perdido sin remisión, no cabía esperanza de salvación para él. Sabía que minutos más tarde su cuerpo yacería exánime y grotescamente retorcido en una acera y que, luego, sería contemplado por un grupo de curiosos, de rostros lívidos. Después, se presentaría la policía que, impotente para contener los desmanes, disolvería con malos modos a los intrusos...

Como decíamos, la situación era espantosa...

Cuando el cuarto cuerpo de los raptados por los gangsters chocó con un baque sordo contra las escaleras de una casa de los suburbios, recorrió el cine un estremecimiento. Únicamente se escuchaba el roncarse de las máquinas de proyección. Las caras, iluminadas por el apagado reflejo de la pantalla, demostraban la tensión del alma de sus propietarios entre la neblina de humo que los cigarrillos emanaban. Los jóvenes miraban con avidez, los ancianos sacudían la cabeza, las mujeres apretaban los brazos de sus acompañantes, presas todas de un terror invencible.

Sólo había un grupo de espectadores que gozaba lo indecible con los fotogramas. Con decir que lo capitaneaba el famoso Braganza se explicaba todo. El bandolero les había llevado allí con un propósito definido, al que se podría llamar cultural, y no cabía en su pellejo de entusiasmo. Sus blanquitos dientes relucían en la oscuridad, contrastando con el tinte curtido de su faz. Por milésima vez se encará con sus hombres, situados en la última fila de la sala, y les dijo:

—¡Son métodos modernos! Tenéis que aprender. Mis hombres tienen que aprender a actuar como esos gangsters... Tengo grandes ideas, Diego, despiértate... Te gusta, ¿eh?

La pregunta iba dirigida a un indio de acusadas facciones, el cual, envuelto en un largo y oscuro poncho, estaba sentado en el suelo, completamente tapado. Lanzó una mirada de desprecio al jefe

y continuó descabezando su sueño. No era el único que disenta de su jefe. Campo, su lugarteniente, un hombre moreno hasta lindar con lo negro, vestido de este color, de cuerpo compacto y expresión pesimista, apuntó:

—Diego no ha soltado una palabra en diez años, pero acaba de decir muchas.

—¡Ah! ¡Diego es un rutinario! —aseguró Braganza, tornándose a la pantalla—. ¡Dios santo! El mejor día lo despido... Ahora ¡Fíjate, ahora! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¿Qué te decía yo, eh?

Había Braganza como si estuviera en la calle y sus secuaces le coreaban con calor, sin tener en cuenta la libertad de opinión de los "pelones" que llenaban la sala. Pronto uno de ellos sintió que la sangre se le encendía y gritó:

—¡Oh! ¿Quieres callar?

—¡Chist!—susurró alguien que estaba a su lado—. Amigo, ¡es Braganza!

Su enfado se disipó por ensalmo y metió la cabeza entre los hombros para pasar inadvertido, pero el jefe de los bandoleros había oído perfectamente su protesta y le puso la mano en el hombro, sacudiéndole como un mastín a un faldero, sin que su agradable sonrisa se borrara de sus labios:

—¿Quién es ése que me manda callar?

—¡Este no ha sido, señor!—gimió su mujer, alejando temporalmente el peligro.

—¡Pues veamos quién ha sido!



—continuó Braganza, volviendo sus ataques hacia otro lado.

Delante de él estaba un borracho con la botella, que alimentaba su "alegría", asida por el gollete. La última pregunta del bandolero le enardecíó, le puso en pie, tambaleándose, y le enfrentó con él.

—¡Yo...! ¡Yo lo digo y lo repito, pelado!

Y para dar más energía a su afirmación estrelló la botella contra la frente de Braganza, que debía ser de muy buen material cuando resistió incólume y serenamente el golpe. Sin embargo, de un puñetazo le hizo desplomar en su asiento, aconsejándole con su dulzona voz:

—Siéntese, siéntese. Sabes darlo bien, pero, ¿puedes recibirlo?

Esta fué una incógnita que quedó por aclarar, pues el puñetazo asestado al borracho despertó los instintos belicosos del público, envalentonado por las tremebundas visiones de la pantalla. Un hombre soltó un directo a otro y en pocos momentos el patio de butacas fué teatro de una batalla campal, en que los golpes menudeaban como lluvia sobre tierra sedienta y los gritos repercutían con la misma velocidad, cortados por el impacto de un puño. Los bandoleros se enzarzaron en la lucha, patentizando su buena disposición para ella, dirigidos por Braganza, que tuvo que contener a su lugarteniente, decidido a emplear medios más contundentes y encerrados en su revólver.

—Nada de pistolas—le ordenó—, Hombres, ¡si es de broma!

El alboroto crecía por momentos y los querellantes despreciaban las súplicas del director del local, que corría de un lado para otro con las manos en la cabeza. En vista de que el documental, que substituyó a la película motivadora del pandemonium, no hacía efecto, desapareció durante unos segundos de la sala para volver a reaparecer arrastrando a un joven.

—¡Chivo, Chivo!—suplicaba entonces el director—. ¡Apúrate! ¡Corre! "Adiós a mi tierra". ¡Canta en seguida!

—¡Qué es esto?—se maravilló el llamado Chivo—. ¿Hay fuego?

El apurado personaje le empujó hacia el escenario y huyó para soflotar su desesperación en algún rincón más pacífico. El cantante pasó por un claro que los músculos de Braganza habían abierto ante sí y se enfrentó con él esquivándole a duras penas. El bandolero se sorprendió.

—¿Y tú quieres pelear?—le preguntó—. ¡Dios santo!

Esta exclamación fué originada por una patada que Chivo le pegó, sin detenerse en su camino hacia el escenario. Braganza, boquiabierto, no hizo nada para seguirle y vió cómo trepaba al tablado y daba unas palmadas en la espalda del pianista. Sonó el piano y una estupenda, fuerte y bien timbrada voz brotó de la garganta de Chivo, dominando el tumulto y cantando "Adiós a mi tierra":

*Tierra dorada,  
oye mi canto,*

oye mi queja.  
 Tierra de luz,  
 patria del sol,  
 tierra de flores y amor.  
 Lejos de ti,  
 me voy a ir,  
 para ya nunca tornar.  
 Tierra de mis amores  
 y de esperanza,  
 te digo adiós.  
 ¡Ah! ¡Ah!  
 Yo por el mundo errante viajaré,  
 buscando paz y el olvido de mi  
 [amor,  
 sin esperanza de que un día volveré,  
 curado de mi dolor.  
 Deja que bese tu suelo otra vez,  
 antes de irme y ya no más tornar.  
 Mi corazón se desgarró de dolor.  
 ¡Adiós, mi tierra, adiós!  
 Te dejo el alma, mi amor.  
 ¡Adiós, mi tierra, adiós!

Desde que el mundo es mundo se ha demostrado en infinitas ocasiones que la música apacigua a las fieras y aquella fué otra en que se reiteró la verdad del dicho, pues, poco a poco, los combatientes olvidaron sus rencillas y acudieron al escenario atraídos por la bellísima voz del que cantaba. Braganza y los suyos experimentaron la misma atracción y escucharon, llevando el compás con la cabeza, la canción. Braganza sentía los ojos húmedos y fué el primero, al terminar la interpretación, en lanzar estentóreos vitores, acompañándolos de su sombrero, ejemplo que, seguido por toda la concurrencia,

puso a Chivo en un tris de morir enterrado por los chambergos.

Braganza aun no había dominado la sensibilidad de su alma, cuando Chivo se marchó apresuradamente del cine, y como era un artista, o, mejor, un buen apreciador de la música, que, dispersa en el aire del país, le había alimentado, por decirlo así, desde su infancia, ahora que había encontrado a un cantante maravilloso, como sería difícil volver a hallar, y que además poseía el suficiente valor para darle una patada, no estaba dispuesto a que se le escapara.

—¡Manuel, Pancho! — llamó —. Tráedme a ese cantante que me atizó en los pantalones.

Y dirigiéndose a los demás, añadió:

—¡Al mesón!

Los dos desvencijados autos arrancaron, llenos hasta los salvasbarros de bandidos, que lanzaban vitores. Manuel y Pancho les contemplaron con envidia, pero no tuvieron que aguardar mucho para reunirse con ellos. Chivo bajó los escalones de la puerta del cinematógrafo y vió dos tremendos pistoles que le apuntaban a las costillas, en tanto que sus dos propietarios aproximaban a su rostro sus facciones sucias y mal afeitadas. Aquella noche iba de sorpresa en sorpresa; a aquel paso no llegaría a viejo.

—¡Arriba las manos! — ordenó Pancho—. Conque no quieres cantar, ¿eh?

—Pero, ¿a quién buscáis?—inte-

rogó el joven, sabiendo que no era una presa codiciable por el estado de su bolsa.

—A ti; Braganza te necesita.

—Y te vienes o de lo contrario...

—amenazó Pancho.

—De lo contrario, ¿qué? — les desafió.

—De lo contrario...—repitió molesto Pancho—. Dile, Manuel, lo que significa este "de lo contrario".

Manuel parpadeó apurado y restregó los pies contra el suelo.

—¿Eh? ¡Ah! No importa lo que significa, "manito". ¡Tú te vienes con nosotros o te ajustaremos las cuentas!

En el mesón, en que Braganza solía sentar sus reales durante sus visitas a la ciudad, tenía lugar una honda y trascendental conversación. El jefe de los bandoleros llevaba la batuta en ella, teniendo que dominar la desaprobación de Campo y Diego.

Aseguraba que el negocio de los bandidos en su país estaba en crisis y que los gangsters americanos les daban la pauta futura. El señor Butch, al otro lado de la frontera, triunfaba. ¡Era el enemigo público número tres! Campo hizo una mueca de desprecio, mas Braganza no se desalentó:

—¡Nada de bromas! Yo te diré el porqué... Porque él se ha modernizado y tiene sus organizaciones.

Coloso, llamado así a causa de su gigantesca complexión, se rasó la cerviz muy perplejo y preguntó:

—¿Qué es eso de or... organizaciones?

—Que trabaja estos asuntos fuera de la ley, como un negocio—explicó Braganza con paciencia—. No lo toma a juego como nosotros. Bueno, pues desde hoy esto es una organización y yo seré un gran hombre, como el señor Butch. El enemigo público número uno de esta tierra. Y si alguien trata de convencerme de lo contrario lo... lo emplumo.

La entrada de Chivo coincidió con esta amenaza de Braganza. El joven no se arredró ante las armas que erizaban las cinturas y los hombros de los bandoleros; avanzó directamente hacia su jefe y lo miró de hito en hito, recibiendo un abrazo en pago de su presencia.

—¡Ah, chamaco!—le saludó—. Te agradezco que hayas aceptado mi invitación...

—O, "de lo contrario"...—le atajó Chivo.

Su interlocutor no reparó en la ironía de su preso. Sus ojos brillaban de contento. Le arrastró hacia la mesa y le empujó hacia una silla, sin lograr que se sentara. Era evidente que estaba más contento que un chiquillo con zapatos nuevos.

—Chamaco, ¿sabes por qué te he invitado? ¡Porque quiero que vengas conmigo! — aseguró con orgullo.

—No acabo de comprender...

—Lo que oyes. A mí me gusta la música más que ninguna otra cosa y, a veces, cuando me interno



en el desierto, no puedo conseguirla. No me importa que los rurales me persigan, ni me importa pasar hambre y sed, pero, chamaco, sufro horrores cuando estoy hambriento de música. Conque, ya sabes, quiero que vengas conmigo.

Trabajo le costó a Chivo no quedarse boquiabierto. El ofrecimiento, es decir, el requerimiento había sido hecho en un tono tal de ingenuidad que le dejó maravillado. Comprendió la verdadera índole de Braganza. No obstante, no entraba en sus deseos, ahora que empezaba a estar bien orientado en su carrera musical, incorporarse a la partida, por mucho que tentara la oferta a su juvenil instinto de aventura. Raro era, por otra parte, no sentirse asustado en presencia del terrible bandido, sino que era como haberle conocido siempre... Braganza era casi paternal.

Se miraron, mientras esperaba su contestación. El jefe de los bandidos era de mediana estatura y muy fuerte, pero lo sobresaliente en él era una ruda caballería, no exenta de crueldad y audacia. Chivo parecía contar unos veinticinco años y su constitución era más bien delicada; no era precisamente guapo y apuesto, más exhalaba hombría por todos los poros y su sonrisa y sus ojos eran bellos. Ambos tenían algo de común, podían ser buenos amigos y malos enemigos, dentro de ciertos límites.

Estas observaciones y sus pensa-

mientos duraron en realidad escasos segundos, que dieron sangre fría al joven.

—¿Que me junte con... sus bandidos?—sonrió—. No, señor; yo no hago eso.

Braganza no quería dar su brazo a torcer. En medio de la expectación general y acompañadas de las consiguientes negativas, propuso:

—¿Te nombro mi Teniente!... ¡Ah! ¡Capitán!... ¡General!

Meneó la cabeza desalentado, incapaz de comprender el porqué el joven rechazaba los tentadores empleos. Campo estudió a ambos y frunció los labios:

—¡Bah!

Su pesimismo resaltaba comparado con el optimismo ferviente de Braganza, quien, abriendo impotente los brazos, no deseaba cejar. Cogió un hombro de Chivo y lo lo apretó y sacudió amistosamente para volverle al mundo de la realidad.

—Pero, ¿qué pasa, chamaco? ¡Te he ascendido en un momento tres veces!

—No, señor—protestó el joven.

Braganza se golpeó el pecho con los puños cerrados.

—¿Me dices que no a mí?

—A usted y a quienquiera que sea. No soy un bandido; yo soy un artista. No puedo enterrar mi voz en el desierto. Mi voz se ha hecho para que el mundo la oiga y nada ni nadie torcerá mi empeño... —Se iba exaltando progresivamente—. Ni siquiera usted, ni sus pistolas, ni... su "o de lo contrario".

—¡Bravo, chamaco! — le jaleó Braganza entusiasmado.

—Cantaré en los esconarios, daré conciertos, cantaré ópera... Repero ir a la radio...

—¡Ah!, ¿te gusta la radio?—le interrumpió el jefe—. ¡Magnífico! Tengo una buena en mi hacienda.

Le miró con persuasión y el joven hizo un gesto de contrariedad. La inútil conversación se iba a prolongar y se le antojaba que Braganza no era fácil de domeñar. Pero Campo, señalando a la puerta, intervino con sorna:

—Perdóneme, jefecito: hay negocios de la organización que esperan.

En el lugar indicado por el lugarteniente estaban dos bandoleros sujetando por los brazos a un hombre desgredado, sucio y pálido, que daba muestras de que el miedo era su principal preocupación, a no ser que fuera más importante su propósito de mantenerse firme sobre sus temblorosas piernas, objeto que conseguía gracias a la asistencia de sus dos guardianes. Una sutil transformación se operó en el jefe y exclamó con suavidad:

—¡Ah, López!

Y suplicó a Chivo:

—Disculpame... Esto... esto no será largo.

—Cuando guste — concedió el cantante.

Los dos pasos que Braganza dió hacia López hicieron perder a éste el vigor y cayó de rodillas, crispando las manos, durante un momento, ya que un nada suave estirón le

incorporó de nuevo, contemplando Braganza estas maniobras con el regocijo del gato que juega con el ratón.

—Por favor, jefecito... ¡No me mate... por favor!

—Que no te mate, ¿eh? Tú mataste a mi amigo Peralta y... éste era un hombre, López.

—¡Jefe!—suplicó horrorizado.

—Y tú eres un traidor, un asesino...—prosiguió Braganza sin hacer caso de su medrosidad—y, lo que es peor, ¡un cobarde! ¡Líquidadlo!

Indudablemente el llamado López no se había engañado sobre el fin de su apresamiento y hasta había tenido la cautela de hacer unos pequeños preparativos, en vista de sus aprehensiones, puesto que de su cinturón, en donde había estado oculto por su bolero, sacó con gesto rápido un revólver y encañonó a su verdugo. Este, aunque descuidado en apariencia, empuñó el suyo en un abrir y cerrar de ojos y con un certero balazo dió término a todos los presentimientos del cautivo.

Enfundó su arma y se dirigió hacia Chivo, que se había quedado de piedra ante la rapidez y la crueldad de la escena. Braganza frunció las cejas intentando hacer memoria y ya que lo consiguió volvió a ser el de antes.

—A ver tú... ¿Qué me decías cuando el amigo López estaba en vida?

Chivo tenía la lengua pegada al paladar y no logró emitir una pa-

labra, en vista de lo cual su interlocutor siguió hablando, mientras un destello genial iluminaba sus facciones:

—¡Ah, ahora caigo! Dices que te gusta cantar por la radio, ¿eh? ¡Es fácil! ¡Braganza lo va a arreglar!... ¡Eh, Campo, Manuel!...

## CAPITULO II

### EL NUEVO PROGRAMA DE RADIO

Braganza, desgraciadamente para un determinado sector de la sociedad humana, tenía sentido de la dignidad y, por consiguiente, gustaba de cumplir sus promesas. En resumen, no hablaba por hablar, por la sencilla razón de que el impulso de llevar a cabo un acto y su realización eran simultáneos.

La emisora de la ciudad mejicana se vestía de sus mejores galas para radiar el programa patrocinado por la importante empresa "Angélicas Sales de la Salud". Se desconoce, y por otra parte apenas tiene importancia para la presente historia, la bondad de las mencionadas sales y el concepto que sus fabricantes tenían de los ángeles por los cuales derrochaban a manos llenas el peculio de la sociedad, induciendo a tres gordas y orondas mujeres a lanzar unos trinos sincopados a través de la atmósfera. Tal vez la curiosidad hubiera sido satisfecha al finalizar la sesión, de no haber ocurrido un suceso que

llenó páginas y más páginas de los anales de la estación de radio.

El trío cantaba armoniosamente, la orquesta tañía sus instrumentos, el registro del sonido funcionaba perfectamente y el anunciador tenía los ojos en blanco y trazaba en el aire la caligrafía de su deliciosa entrega a la música, cuando Braganza, sin grandes remordimientos de conciencia, enturbió las aguas del remanso de paz en que nadaban, con su simple e inesperada aparición, claro está que subrayada por el amenazador aspecto de sus revólveres.

—¡Manos arriba!

Entró decidido y sonriente en la sala de transmisión, pues estaba ya inmunizado contra el pavor que su persona acostumbraba causar. Entretanto sus compinches invadían todo el local y se esparcían y colocaban convenientemente en él, de forma que, si no molestaban, por lo menos autorizaban a su jefe a obrar como obraba. Diego tomó



asiento ante el micrófono y asestó sus ojos sobre el despavorido trío. Campo alargó una silla a Braganza y Chivo se puso a su lado. El director de la emisora pensó en que no había escape posible a aquella intrusión.

—¡No se apuren, señoritas!— tranquilizó el bandolero—. Terminen su canción. Continúen tocando... ¡sigan!

De mala gana, por no decir con peores ánimos, le obedeció el que llevaba la batuta en la orquesta, secundado por las azoradas cantantes, pero no tan a renglón seguido que en la jefatura de policía, cuya radio estaba dada, no advirtiesen el maravilloso silencio subsiguiente al atraco, amén de algunos murmullos intranquilizadores.

—Envíe los policías—mandó el capitán—. Pero, ¿qué pasa en la radio?

—Parásitos seguramente, capitán—intervino Fito, su ayudante.

Y el que la canción se reanudara normalmente, contuvo sus sospechas y dió la razón al ayudante. Porque Braganza había conseguido que cantaran y con paciencia esperó el fin de los gorjeos, llevando el compás con el pie. Se levantó y fué hasta el micrófono.

—Gracias, señoritas. Es muy divertida la forma en que cantan. Me gusta.

Esta alabanza, hecha cordialmente, al parecer las tuvo sin cuidado, ya que se refugiaron en un rincón. El anunciador, en vista de la bonachonería del bandolero, quiso seguir desempeñando su oficio:

—Se... se... señoras y caballeros: la canción "Que viene Cookie" les llega a ustedes patrocinada por las "Angélicas Sales de la Salud"...

Braganza le apartó de un manotazo y frunciendo el entrecejo.

—No me venga con sales y "drientíficos".

—Pero, señor, mi programa de radio...

—Yo anunciaré el nuevo programa.

—Pero, señor...

—¡Manos arriba!

El brillo del arma y su contacto en los ijares le convencieron de que es de sabios no insistir en ciertos casos. Habían disputado junto al micrófono y todas las palabras dichas llegaron a oídos de la policía. El capitán se puso en pie de un salto y cogió su gorra:

—¡Un atraco en la emisora de radio!

Braganza, desconocedor del interés que producía, arrinconó con las manos en alto a los más rebeldes de los radioemisores y su meliflua y serena voz sonó en medio del silencio sepulcral de la jefatura de policía.

—Señoras y caballeros radioescuchas del país, tengo una buena sorpresa para ustedes...

Los prestos policías notaron que sus músculos se relajaban, mientras Fito lanzaba una risotada, que tuvo eco en los demás:

—¡Ah! Es lo que ellos llaman un reclamo, capitán.

—No más reclamitos de sales y "drientíficos"—seguida diciendo el bandolero—. Esta noche van a oír

a mi propio cantante particular, y es tal su voz que les hará llorar a moco tendido. Permitanme: aquí tienen ustedes al señor Trovador. Canta para ellos, chamaco. A ver, algo de altura: ¿sabes ópera?

Lo que había pensado Chivo hasta entonces de su inusitado debut y de las consecuencias que podía tener la acción de Braganza, se perdió en la noche del pasado ante el pensamiento de que iba a cantar para todo el país. Al fin y al cabo el arte es arte... además, aquello significaba un reclamo y, en el peor de los casos, su protector no había mencionado su nombre...

—Aida—le respondió—. Pero, ¿y la música?

Braganza se volvió al director de la orquesta y volvió a empuñar su revólver, cuyo punto de mira se paró ante su frente.

—Toque Aida—y como protesta se, añadió—: Toque Aida o de lo contrario...

Hay momentos en la vida en que uno tiene que olvidar sus preocupaciones estéticas y eso fue lo que le ocurrió al director: olvidó el jazz y entró de una zambullida en el océano de la ópera. Chivo empezó a cantar "Celeste Aida" y Braganza, libre ya de tropiezos, dióse por entero al placer de satisfacer su sed de música, regresando a su asiento. La voz poderosa de Chivo fue cautivando a todos; hasta los mismos desgraciados cantantes y protagonistas de la primera emisión, cruzaron las manos en éxtasis. Chivo dominaba la infinita gama de la expresión en el canto y

en los momentos en que podía descansar, se quitaba las prendas que le abogaban, y preguntaba su opinión al eternecido Braganza. Este le aplaudía y seguía el aria.

En la jefatura de policía, Pito alabó:

—¡Es una gran voz, capitán!

—¡Ah, sí, magnífica!

Fuera del ámbito de la ciudad, en el mismo desierto, Chivo tenía admiradores que iban a tener en su vida una importancia tan decisiva como el propio Braganza. Enmarcada por un paisaje de enhiestos cactus, iluminada por la luna llena, que a veces fingía espantosas sombras en los recodos, y bajo el lejano titilar de las estrellas, corría la polvorienta carretera que cruzaba la salvaje soledad. En un grande y potente automóvil iba una pareja de jóvenes: él con el sombrero hincado hasta las cejas y con el mal humor retratado en el rostro; ella, una delicada rubia de dulces ojos, recostada en el respaldo. Y la radio esparciendo las notas interpretadas por Chivo.

El joven gruñó unas palabras ininteligibles y cambió la marcha. Luego, sin desviar su atención del camino, ordenó:

—Quita eso, ¿quieres?

—Pero, ¡es precioso, Bill!

—¡Un tenor de radio con voz de grillo!—despreció Bill.

Muchas pueden ser las causas para que un hombre desprecie a otro y entre ellas bien se puede enumerar el apuro económico, los celos y el miedo. Bill sufría las tres cosas y Jane lo sabía. Por con-

siguiente no le obedeció. Bill era un niño mimado, inútil, y con la barbilla débil. Ella se había percatado de esta anomalía demasiado tarde, pues se creía enamorada de él y, por si fuera poco, no sólo se acusaba de ser responsable de cuanto les ocurría, pero la vencía la poesía del paraje, de la noche y de la libertad. Jane se acomodó más aún y buscó el apoyo de su hombro para mirar las estrellas.

—Esto es delicioso. La noche es magnífica. Luz de luna en el desierto... En una noche así puede ocurrir cualquier cosa.

—¡Ya lo creo que puede!...—dijo Bill—. ¡Eso es lo que estoy temiendo!

—Pero, ¿tienes miedo?

—No sé; mira, Jane; tenemos que volver a cruzar la frontera y llegar cuanto antes.

La joven le escrutó el rostro sumido en la oscuridad, levantando un poco la cabeza. No estaba dispuesta a hacerle caso.

—Aun sigues preocupado por tu padre, ¿verdad?

—Piensa que si se entera de nuestra fuga, dejará de darme dinero inmediatamente.

La joven, molesta, arrugó la nariz. Luego intentó volver a su estado de alma primero, deseando disipar la mala impresión que la práctica protesta de su compañero había originado. Escuchó la música que se confundía con el runruno del automóvil, sin decir una palabra hasta pasados unos segundos.

—¿Qué importa! ¡Ya nos arre-

glaríamos!... Por favor, no pienses ahora en eso... ¡Es una noche tan maravillosa!... ¡Disfrutémosla!

Pero era un poco tarde para ello. Chivo había dejado de cantar entre los aplausos de los bandidos y de los forrados asistentes al comienzo de su carrera radiofónica. El desierto estaba muy lejos para que sintiese otra sensación que la del triunfo. Braganza corrió a él y le estrujó entre sus brazos:

—¡Bravo, bravo, chamaco, bravo!

El atildado anunciador aprovechó el descuido del jefe de los bandoleros y se apoderó del micrófono, faltando gravemente a los proyectos de aquél.

Braganza no le dejó proseguir. Después de hacer una seña a sus secuaces, cuyo sentido aguilataron a la perfección, y de enviar a Chivo hacia la puerta, el cual recogió todas sus prendas de vestir desperdigadas por la cámara, envió al anunciador al rincón, en donde había permanecido tascando el freno durante la audición, de un fuerte manotazo, y se agarró con ambas manos al micrófono, no sin antes componer la expresión de su cara.

—¿Qué les dije, señoras y caballeros?... ¿Sabe cantar? Eso es música y la música está en todos los corazones... Señoras y caballeros, este especial programa lo deben ustedes a una gentilera mía, de mí mismo, al anfitrión, Pablo Braganza, el bandido. ¡Adiós!

A pesar del afable tono en que fué dicha la despedida el pobre capitán de policía dió un salto que

estuvo a punto de derribar a sus subordinados. Sólo estuvo a punto, pues la reacción de éstos había sido similar a la de su jefe, y cuando éste lanzó su exclamación, que tenía resonancias de aviso, ya habían entrado en movimiento:

—¡Braganza! — fué el grito impulsador.

—¡A la emisora de radio! — gritó prestamente Fito, que era el único que conservaba alguna serenidad.

—Fito, reúna las reservas. Usted, Manuel, llame al fuerte.

Al ponerse en marcha los policías Braganza y los suyos subían en los autos en que se habían pre-

sentado en la emisora; los que no cabían en ellos montaban en sus caballos. Diego se sentó en el guardaharras tan cómodamente como si lo hubiera hecho en un sillón.

—¡A la posada! ¡Pronto! — aulló Braganza.

—¡Viva Braganza! — gritaron, mientras huían de la estación.

Por consiguiente, dada su rapidez, no es de extrañar que al llegar a la emisora los representantes de la ley, poniendo a prueba los motores de sus vehículos y haciendo sonar sus sirenas, los bandoleros estuvieran lejos.



### CAPITULO III

#### EL ALEGRE BANDOLERO

Una vez en la posada, los bandoleros se alinearon a lo largo del mostrador y bebieron tequila. Braganza y Campo, aunque este último de mala gana, se encargaron de cambiar a Chivo de pacífico cantante en romántico fuera de la ley. Rápidamente trocaron su vestido ciudadano por otro más adecuado para cabalgar por el desierto, y el joven, en lugar de protestar como le aconsejaba la conciencia, aceptó el cambio con un impulso indecifrable, prometiéndose no analizar desde aquel momento sus sentimientos hasta ver en qué paraba la aventura.

—Ahora nos vamos a divertir— prometió Braganza—. Bien, mira, voy a darte mi propio revólver. Este es mi revólver. Ahora necesito un sombrero. Pareces un auténtico bandido.

El amplísimo sombrero de paja le tapó por completo la cara y tuvo que hacer un esfuerzo antes de lograr colocarlo en una posición en que pudiera conservar el equilibrio en su cabeza. Actuó como un bandido mereciendo la aprobación de los circunstantes. Campo lanzó uno de sus expresivos bufidos y

apremió:

—¡Vamos, debemos largarnos!

—¡Eh! Un caballo para el chamacito—pidió el jefe—. Montadlo. Vámonos, muchachos.

El Coloso le cogió en vilo y lo colocó sobre la silla como a un monigote. Los bandoleros saltaron sobre sus monturas, salvaron los obstáculos que llenaban el patio de la posada y salieron de ella lanzando aullidos de desafío, que anunciaban a los cuatro puntos cardinales el salvaje placer de su vida libre.

Los policías se presentaron en la posada, pero Braganza ya volaba por la asfaltada carretera, llevándose la suficiente ventaja para considerarse fuera de peligro. Se reanudó la persecución. Los cascos de los caballos golpeaban rítmicamente el duro pavimento, mientras en la lejanía sonaban los motores de los autos de la policía.

Las siluetas de las postreras casas de la ciudad eran una línea sombría en el horizonte. El escenario de la persecución habíase transformado. El camino vecinal seguido por Braganza se estrechaba paulatinamente y el polvo característico del mismo se iba sub-

tituyendo por la arena del desierto. Las pitas, los mezquites y los cactus crecían en tamaño y profusión y el capitán sabía que, en cuanto se espesaran, era señal de que había aido nuevamente vencido. Puso la marcha y, al estar ante una barrera infranqueable para los vehículos que les conducían, hizo un gesto de desaliento. La única manera de combatir a los bandoleros en aquel terreno era tener un buen caballo entre las piernas y... él no lo tenía. Más adelante, únicamente existían las verdedas bordedeadas por los cactus, hasta ser un verdadero laberinto, y era aventurado internarse en él, so pena de ser un perito en el conocimiento del terreno.

—Es inútil — dijo, descendiendo de su automóvil —. No hay modo de acabar con esto. Bueno... hasta la próxima.

Braganza, habiendo desorientado a sus persegutores, soñó la marcha de su cabalgadura y la puso al trote. Respiró a pleno pulmón la brisa seca y fría y admiró las estrellas; luego, aproximó su caballo al de Chivo.

—Te digo, chamaco, que la vida del bandido se desliza sana al aire libre.

Chivo no tuvo tiempo de replicar que las emociones violentas hacen enfermar del corazón, pues Campo tiró de las bridas de su cabalgadura y lanzó un grito:

—¡Mira, mira!

El resto de los bandoleros apresuró el paso y se agrupó en torno

a sus jefes, clavando sus penetrantes ojos, que veían a través de las tinieblas como si fuera de día, en la dirección señalada por el indio de Campo. Desde la altura en donde se había producido el asombro del lugarteniente se dominaba la carretera; estaban en un recodo que formaba ésta y era posible distinguir un punto oscuro en ella, indudablemente un auto como denunciaban sus faros trazando líneas luminosas. Braganza sonrió y se apoyó en el hombro del descubridor.

—Oye, Campo; lo que nuestra organización necesita es un gran automóvil.

Aqué! era un Rolls de gran cabida. Espoleó su cabalgadura y levantó el brazo:

—Vamos, vamos — pero se detuvo —. ¡Espera! Esto será una buena práctica para ti, chamaco. Conígueme ese coche.

—¿Cómo!... ¿Que me apodere de él? — se sobresaltó Chivo.

—¡Ciertamente! — fué la contestación.

—No, señor. No puedo haterlo.

—Aquí no existe el "no puedo".

—Le diré entonces... ¡no quiero!

—¿Dices que no quiero a tu jefe?

—Digo "no quiero" ¡Y se acabó!

Braganza suspiró como si lo que iba a hacer a continuación le contrariase enormemente. Chivo se portaba como un niño y a los niños hay que corregirlos de vez en cuando para que no se desmanden. Sacó



su revólver y lo agitó ante sus ojos:

—Y ahora, ¿qué dices, chamaco?

—Y puesto que el que calla otorga, llámame: ¡Manuel! ¡Pancho!... Id con él; Pronto! ¡Recampen!

El trío se apostó en el lugar en que empezaba la gran curva de la carretera. Jane y Bill, pues no eran otros los ocupantes del coche, se asustaron al percibir sus figuras recortadas en la sombra por la luz de la luna. Bill echó la mano a los frenos y el automóvil patinó antes de inmovilizarse por completo. Chivo no sabía qué hacer, pero Pancho le dio la pauta.

—¡Alto! ¡Detenga el coche!—orden a todas luces innecesaria puesto que ya estaba parado.

—¡Alto! ¡Detenga el coche... por favor!—repitió el cantante.

—¡Manos arriba! ¡Salgan!—gritó Pancho.

—¡Manos arriba!... ¡Salgan!...—remedó el joven.

Bill no se hizo repetir la doble orden y, abriendo la portezuela, saltó a la carretera, con un apresuramiento rayano en el espanto. Jane frunció los labios y le siguió, pero más lentamente, calculando las probabilidades que tenían de huir. No le espantaban ni los bandoleros de pasotilla, ni los de carne y hueso; y la escena parecía un cuadro de opereta.

Braganza, demasiado distanciado para apreciar la realidad de lo que acontecía, o quizás dejándose influenciar por su cariño a Chivo, sonrió haciendo brillar su estupenda dentadura en la oscuridad.

—¡Digan!—aplaudió—. Ese chamaco tiene un gran talento, ¿eh?

El gruñido incomprensible de Campo expresaba una duda que no estaba muy distanciada de la que el forzado héroe del atraco empezaba a sentir respecto a sus cualidades de bandido. No le preocupaba Bill, pero Jane era otra cosa... era demasiado bella para que su sensible y honrado corazón no estuviera maldiciendo el papel que estaba obligado a representar.

Jane notaba que su combatividad iba en aumento, en progresión geométrica al miedo de Bill. Le despreciaba; sin embargo, puesto que eran las víctimas y tenían que estar unidos, intentó animarle:

—Amigo Bill, si das muestras de flaqueza estamos perdidos.

—¡Ah, señorita!—reprochó Chivo, haciendo avanzar su caballo y amenazándola.

—Eso está mejor—le alabó Pancho.

—¡Baja del caballo y cachéalos!—ordenó Manuel.

—¿Cachear a una señorita?—preguntó Chivo asombrado.

—Si tú no lo haces lo haré yo.

Manuel estaba con un pie en el estribo. Chivo sospechó que las ideas de Manuel sobre la delicadeza que se ha de emplear con las damas no eran para ser incluidas en un tratado de educación social, y se le adelantó, dirigiéndose hacia la pareja. Se olvidó de sus fines y del arma que mal empuñaba al tomar nota de que la belleza de Jane crecía con la proximidad. Pero la joven tenía mal talante, es más, in-

cluso avanzaba la barbilla retadora-mente, y no pudo percatarse de la admiración que despertaba en Chivo. Pancho sorprendió su debilidad y le gritó:

—Haz levantar las manos a la señorita.

—Por favor, señorita, levante las manos.

—¡No lo haré en modo alguno! —le desafió Jane.

—¡A viva fuerza, hombre! —recomendó Manuel, al que había mirado Chivo pidiendo auxilio.

Logró ser obedecido y comenzó a confesarse que los métodos de Manuel eran mucho mejores que los suyos. Una sorda irritación, tal vez producida por la manifiesta testarudez de Jane en no tomarle en serio, le indujo a cachear a Bill con más vigor del necesario. Esto en sí es excusable; si hay una cosa que irrite al hombre es que la mujer se burle de él y tanto más cuando lleva una pistola en la mano y adopte una apariencia romántica. La ira de la muchacha era paralela a la suya:

—¿Bandido es usted?... Usted y un par de vagabundos con pistolas atracando a una muchacha...

—¿Lleva usted algún revólver? —inquirió Chivo.

—¡Quisiera llevarlo! —gritó su interlocutora.

Braganza y los demás se habían acercado al grupo con el sigilo necesario para no ser descubiertos y observaban la escena en todos sus detalles. Campo, que no comprendía las debilidades de su jefe, bufó con desprecio:

—¡Esa niña lo está acobardando!

Braganza se encaró con él como si le hubiera picado un áspid:

—Y tú qué dices, ¿no ha habido mujer que te acobarde?

—No—le contestó y agregó con sinceridad—: en la faena, se entiende.

En la carretera las cosas no marchaban bien. Chivo sabía que tenía que registrar a Jane y se turbó. La joven era la encarnación de la agresividad; y él no podía... ¿qué le iba a hacer? No podía aunque le aspasen.

—¡A ella también! —rugió Manuel.

—¡No me toque! —chilló la joven.

Chivo cerró los ojos y extendió las manos hacia la ofendida muchacha. Y ocurrió algo con la velocidad de la luz. Jane, observando su descuido y su aprensión, extendió una mano y le arrebató el revólver antes de que el cantante pudiera remediarlo. Brotó de sus labios una exclamación de contrariedad, de contrariedad de ser vencido por una mujer, no de otra cosa. Pero Jane no estaba de humor para sutilizar sus reacciones.

—Ahora, ¡arriba las manos! ¡Tiren ustedes las pistolas! —Y, siendo obedecida, dijo despectivamente—: Esta noche sólo tropiezo con aficionados. Salta al coche, Bill, y ponlo en marcha. Sí, señor... un triste aficionado a bandido. ¡Je! Hace usted rematadamente mal su papel, amigo mío. Espero que la

próxima vez lo hará mejor. Oiga, ¿qué es esto?

—¡Eh! Pero, ¿qué hace usted?— protestó Chivo.

—Yo no hago nada.

Súbitamente se habían encontrado tan cerca uno del otro como lo permite la impenetrabilidad de los cuerpos. La comprobación de esta ley física se debía a Braganza, el cual, en vista del cariz que tomaban las cosas, del desarme de sus compañeros y protegido y de que Bill había puesto en marcha el motor y esperaba con impaciencia el fin de la perorata de su novia, requirió su lazo, lo volteó sobre su cabeza y lo disparó tan certeramente que apresó a ambos jóvenes.

La nariz de Chivo y la de Jane estaban en contacto, que no le pareció desagradable al primero. Las pestañas y los ojos de su pareja eran enormes y dulces desde aquel punto de vista. No obstante, las risas y los comentarios de los bandoleros, que rodeaban tanto a ellos como a Bill, vuelto a la carretera de un empujón, interrumpieron sus observaciones mentales.

Braganza estudió a los tres antes de aflojar el apretón de su lazo. Una maliciosa sonrisa triunfal animaba sus simpáticas facciones. Recogió la correa y la enrolló, tras de lo cual se destocó e hizo una reverencia a Jane:

—Señorita, reciba los parabienes de Pablo Braganza.

—¡Braganza!— exhaló Bill aterrorizado.

—Me parece que he oído hablar de usted—aseguró la joven.

Braganza había descartado a Bill tanto como le permitía su rápido ingenio calculador del partido que podía sacar de su captura. Jane le gustaba: sabía conservar su sangre fría, tenía, a primera vista, un sentido innato del deporte que la obligaba a perder sin una protesta y, además, su "chamaco" le dedicaba unas miradas que, aunque rápidas, no escaparon a su observación.

—¡Y mucho!—se vanaglorió—. Soy el hombre más malo de estos contornos.

—Pues, nada, muchísimo gusto en conocerle, y ahora, si no tiene inconveniente...

—Un momentito, señorita. Dígame, ¿qué hacen usted y este señor a estas horas en el desierto?

—¡Bah! No creo que sea asunto de su incumbencia. Hemos cruzado la frontera para casarnos.

—¡Casarse!... Bien, eso me gusta, niña... ¡que los jóvenes se casen!

El tono amistoso en que Braganza dirigía sus preguntas y su refinada cortesía, un sí no es patriarcal, calmaron a Bill, que dió un paso muy excitado hacia el jefe:

—¡Ibamos ahora camino de casa... Nos soltará usted, ¿verdad?

Braganza apenas le prestó atención y siguió charlando suavemente con Jane, la cual no tardó en darse cuenta de que el bandolero les sometía a un hábil interrogatorio:

—¡Cosa estupenda esta boda!—suspiró—. A mí mismo me entusiasma. Yo ya me he casado ocho o nueve veces.



Campo apuntó, desde lo alto de su caballo y al lado de Diego:

—Once veces no más.

Braganza le ordenó silencio con un gesto y Campo entró de nuevo en su mutismo, mientras proseguía hablando su jefe.

—¡Ah! Esta noche empieza la luna de miel, ¿eh?... ¡Y qué noche! Yo tuve una noche así con Carmen, mi segunda mujer.

—Carmen fué tu cuarta esposa— corrigió el infalible Campo.

—Bueno; sin embargo, era una noche así...

Chivo vió que se apartaba unos pasos para ocultar su emoción, aunque en realidad era una simulación. Tenía que ganar tiempo y coger de sorpresa a la desprevenida pareja. De tal suerte cantarían todo lo interesante y él obraría en consecuencia. Personas propietarias de un coche de lujo, como el que esperaba en el centro de la carretera, habían de ser forzosamente pudientes y... le gustaba mucho el trato con individuos de la alta sociedad. Regresó secándose los ojos.

—Ustedes dispensen... Yo... es que soy un sentimental. Y ahora, señorita, lamento tener que quitarle su espléndido automóvil. Tendrán que volverse a pie a la frontera. ¡Vamos!

La reacción que esperaba Braganza no se hizo esperar. Bill palideció y casi sollozó de sobresalto. Temía más ir a pie por el país que continuar en compañía de los bandoleros. Jane se mordió los labios, mientras Chivo, obedeciendo un

impulso de su generosa alma, intervenía en su favor:

—¡Va a hacerles volver a pie? A la señorita no, ¿eh?

Parte de los bandoleros se habían aposentado en el lujoso coche y los contemplaban con evidentes muestras de cansancio. Braganza fingió no oír a Chivo, y Bill mordió el anuelo. Se agarró al borde de la carrocería como demostrando su deseo de morir antes de dar dos pasos más. La debilidad de su carácter, ya barruntada por Jane, se salió de madre y estalló abyectamente, cuando, gimoteando como un chiquillo al que pega otro mocos, suplicó:

—¡No pueden hacerlo! ¡Les digo que no pueden!... Mi padre...

La repugnancia ante su bajeza y la sensación de que habían caído en un lazo arteramente tendido, obligó a Jane a gritar:

—¡Cállate, Bill!

El aludido estaba ciego y sordo. Por consiguiente no obedeció su orden. Sólo distinguió un círculo de caras interesadas que, aunque conservaban la estolidez de una roca, le animaron a aumentar en sus lamentaciones. Pero antes una loca idea de niño mimado cruzó por su mente y se irguió amenazador, por lo menos así lo creyó:

—Mi padre es uno de los hombres más influyentes del país vecino! Piensen en que si me tocan un pelo de la ropa, no tardará en ordenar desde allá que los "trinquen" a ustedes...

Braganza se pellizcó el labio inferior según su costumbre en los

momentos en que la memoria le fallaba y su voz perpleja cortó la sabrosa perorata de Bill:

—¿Trincar?... ¿Dónde he oído antes esa palabra?... ¿Trincar? ¿Qué significa eso?

—Que mandará a usted y a su cuadrilla a la cárcel por el resto de sus años...—aclaró Bill, estimando que ganaba terreno.

—Un momentito, señor—volvió a intervenir Braganza—. ¿Quién es ese influyente papá que tiene usted?

—Se llama P. Wharton Shay. Ese es él.

—¡Oh! P. Wharton Shay. Sí, oigo hablar de su papá. No es sólo el más influyente, sino el más rico, ¿eh? Bien, ¿por qué no me lo dijo inmediatamente, señor Shay? ¡Por Dios Santo! A poco cometo un gravísimo error.

En la educación de Bill había habido varias lagunas, una de las cuales era el no estar capacitado para percibir la ironía de las voces y el humorismo de las situaciones. No obstante, hemos de decir en su descargo que a otros muchos hombres también les había acontecido lo mismo al estar delante de Braganza, engañados por su aparente ingenuidad. Es que el bandolero, como todos los seres de carácter sencillo y rectilíneo entregados a la satisfacción de sus ambiciones, poseía una profundidad que le desmentía.

—Sí, diré que lo ha cometido.

El bandolero hizo bajar del vehículo a sus satélites y mantuvo

abierta la portezuela, indicando el interior con un ademán de invitación. Bill quiso sentarse en la parte delantera, pero su apresador le contuvo, mientras colocaba en tal lugar a Jane. ¡La mocita era de cuidado!

—Y ahora, tengan la bondad de volver a su coche. No, no; usted detrás—por Bill—. Señorita, aquí. Mi propio chamaco conducirá.

Campo descendió de su caballo de un salto.

—Pero, ¿qué haces? Creí que le obligarías a volver a pie.

Era perdonable que su lugarteniente no hubiera entendido sus intenciones. El mismo no supo lo que haría hasta el momento en que Bill pronunció el nombre de su padre. Ocupó el lugar que le correspondía por su categoría, explicándole de paso:

—¡Bah! ¡No, Campo!... El papá del joven es P. Wharton Shay y acabo de recordar el significado de la palabra "trincar".

—¡Ah!—fué la única contestación.

El breve monosílabo encerraba volúmenes, pues Campo era casi tan rápido de imaginación como su jefe y por primera vez en aquella noche accidentada sonrió a gusto. Como Chivo embriagaba sin preocuparse de sí el resto de sus pasajeros se había acomodado, se apresuró a apoderarse de un asiento. Diego, con una rapidez delatora de que su sueño era el de conejo, que duerme con un ojo abierto y otro cerrado, abandonó su cabalga-

dura y se aposentó en la capota, volviendo a envolverse hieráticamente en su manta.

El coche arrancó, levantando sus ruedas densas nubecillas de polvo que no tardaron en formar una espesa cortina. En medio de ella,

mezclada al ruido del motor, surgió la voz de Braganza, advirtiendo:

—Nos veremos en la hacienda.

Y los bandoleros, para no perder la costumbre, picaron las espuelas sin dejar de vitorear a su jefe.

## CAPITULO IV

### UNA FIRMA

La hacienda de Pablo Braganza estaba internada en el desierto, o, en términos más precisos, situada en unos páramos lo suficientemente alejados de la ciudad para que los bandoleros tuvieran en ella un buen refugio. Su arquitectura era muy bella y los muros que la rodeaban altos y seguros. Comprendería el edificio principal y algunas construcciones con soportales, dependencias que en un tiempo estuvieron ocupadas por atareados vaqueros y que, en la actualidad, eran la habitación de los secuaces de Braganza. La luz de la luna aumentaba su hermosura, dándole prestancia señorial, no empujando por ciertos rótulos garabateados con mano inexperta en los que se cantaban las excelencias del propietario, su hospitalidad y... su ferocidad.

El bandido que franqueó la amplia puerta a los ocupantes del co-

che hizo un saludo militar y éste, describiendo una curva, fué a detenerse ante el edificio principal. Hay que decir que los encantos del paraje y el confort que desprendían las blanqueadas paredes fueron cosas que pasaron inadvertidas a Bill; no así a Jane, que ya había recobrado su buen humor.

—Bajen ustedes por aquí—dijo Campo, descendiendo.

—Permitame que los escolte a usted y al señor Shay a su habitación — dijo, destocándose, Braganza.

Era innegable que su papel de anfitrión le agradaba. Echaron tras de él Jane, Bill, Campo, Diego y Chivo; pasaron por varias estancias, cacasamente amuebladas, pero con buen gusto y, por fin, abrió la puerta de otra. Era un dormitorio con dos salidas y subiendo unos escalones se llegaba a la parte elevada del mismo, en donde se veía



una cama con dosel, un tocador, de indudable factura mejicana, y algunos objetos más. El conjunto no era despreciable para unos viajeros fatigados.

Braganza permitió que contemplaran su nueva residencia antes de hablar. Cuando lo hizo su voz tenía un acento de orgullo y de cortesía que no desdecía de la habitación.

—Pase, señora, pase. Les ofrezco mi propia habitación... ¡Yal! ¡Je! Nada es demasiado bueno para unos enamorados, ¿eh? Algún día podrán decir a sus hijos que durmieron en la cama de Braganza.

—La casa es muy hermosa, francamente—alabó Jane, haciendo subir una ola de rubor al curtido rostro del jefe.

—¡De verdad!... Pase usted, señor, pase, no se avergüence. El casarse no es nada. Acaba uno acostumbrándose a la cuarta o quinta vez. Acomódese como en su propia casa.

Verificó por sí mismo si faltaba algo esencial en la habitación, tocó la cama, haciendo resaltar su mulido, y quitó algunos objetos de sobre el tocador. Después pareció satisfecho y dispuesto a dejarles a solas. Jane observó sus rápidos y eficientes manejos y no pudo menos que comentar:

—Es usted muy galante, señor.

Braganza la contestó desde la puerta, cuyo pomo tenía asido:

—¡Gracias!... ¡Ah, sí, tengo muy buen corazón!

—Querrás decir muy buena boca — intervino Campo, intentando

cutar la conversación—. ¡Vamos, Cupido!

—¡Cierra el pico!—le ordenó, y luego se inclinó—. Buenas noches, señora.

Jane pensó que la galantería de Braganza era motivo suficiente para pasar por alto el guiño picaresco que acompañó a su despedida, y sonriendo saludó:

—Buenas noches.

—Vamos, chamaco, que tenemos mucho que hacer.

Una vez solos los dos jóvenes, se miraron a los ojos y lo que vio la muchacha en los de Bill hizo nacer un suspiro de contrariedad. Abrió los brazos como disculpándose.

—¡Bueno!—y se puso a vaciar su maletín.

—Hemos de salir de aquí—gritó Bill, escrutando los rincones—. Este Braganza es un bandido y un criminal. ¡Válgame Dios! ¿Cómo se te ocurrió decirle que estábamos casados?

Se había acercado a ella, reclamando más atención de la que le concedía. Jane, que ya sabía a qué atenerse, siguió sacando su ropa y le trató como a un chiquillo que tiene miedo de lo inevitable.

—No dije eso exactamente. Me limité a decirle que habíamos cruzado la frontera para casarnos.

—¡Tan sólo eso! — respondió sarcásticamente el joven.

Jane sentía que lo que creyera amor se disolvía a marchas forzadas, coloreándose de un sentimiento que, si no era desprecio, no estaba muy lejos de serlo. Sabía que

Bill tenía miedo, cosa indudable, pero ella asimismo no estaba muy tranquila; lo único que no le perdonaba era el alarde que hacía de él. Y el odio que en otra ocasión la hubiera turbado se trocó en compasión de la peor especie: una compasión protectora. Los papeles se habían cambiado... Pero ella se divertiría lo más posible mientras durase la aventura...

Ordenó sobre el tocador los enseres femeninos que suelen ocupar el lugar preeminente en el equipo de la mujer, y luego se arregló el pelo ante el espejo, diciendo con ligereza:

—¡Bah! ¿Crees que tuve tiempo de explicarle que habíamos llegado a la casa del juez demasiado tarde?...

—No. Vaya que no. Tenías que seguirle la conversación—exclamó Bill enfadado.

—Pues me entendía bastante bien con Braganza. — Abarcó la habitación con un ademán—. Y ya ves que el viejo es una alhaja.

—¡Déjate de bromas! Cuando mi padre se enteró de esto... ¡Oh, te digo que tengo que salir de aquí! Mi padre armará una y gorda.

Jane hizo una mueca de resignación y le cogió por los hombros, teniendo que dominarse para no sacudirle como a un trapo mojado:

—Pues escucha: sé bueno, repórtate, Bill. Procuraré no comprometerte demasiado, te doy mi palabra.

En la cantina de la hacienda iba a tener lugar un hecho trascendental. Braganza iba a escribir una

carta. Más exacto sería decir que la iba a dictar a Chivo, pero, considerando que el bandolero se quitaba el bolero, quedándose en mangas de camisa y que se arremangaba éstas, se deducía que el peso de la tarea descansaría sobre él.

Chivo estaba sentado ante una mesita y Braganza de pie ante él, mientras todos los bandidos estaban presentes, no queriendo perder ni un segundo, ni un gesto de aquel momento histórico en los fastos del bandolerismo analfabeto. Campo y Diego se apoyaban en el mostrador de la cantina con su codo, perennemente fruncido, denotando la tormenta de sus espíritus.

—¡Listo, Chivo?—preguntó excitado Braganza y desabrochándose los botones del cuello de la camisa.

—Sí.

—Pues escribe esto... "Señor Shay: ¡Hola!..."

Chivo echó hacia atrás su gran sombrero, que se le había caído sobre la frente al dejar la pluma en suspenso. Pero no tuvo tiempo de indicar sus reparos, pues Campo se le adelantó:

—Está mal. "Hola" suena a saludo telefónico. Tendrías que decir "distinguido señor"...

Braganza corrió unos puntos al cinturón del biricú y protestó:

—¡Oiga, sabihondo! Pocas veces escribo una carta y cuando la escribo es a mi manera. Ponlo así: "¡Hola!"

—¡Viva Braganza! — aulló la concurrencia.

El aclamado sembró el silencio con un gesto y prosiguió:

—Su hijo está lo que se dice "trincado"... Chico secuestrado en unión de su esposa... ¿Ya lo has puesto?

Chivo así lo aseguró.

—Pues escribe otra: "Por el pollo quiero diez mil dólares..."

Le llegó el turno al Coloso de exhalar un gruñido de duda y Braganza apoyó la mano en la culata de su arma:

—¿Qué te pasa ahora a ti?

—¡Demasiado dinero para tan poca cosa!

—¡Los padres tienen ideas muy raras sobre el valor de sus hijos!

—Tu papá te echó a la calle, ¿verdad? — indagó inocentemente Campo.

—Eso fué porque no quería estudiar el violín, ¿entiendes? ¡Y cierra el pico!... "Y dos mil por la chica y ha de contestar dentro de tres días o... o..."

—¿De lo contrario? — apuntó Campo.

—¡Ah! ¡Me has quitado la palabra de la boca!... "de lo contrario"... ¿Qué te dije? Aprendemos de esos gangsters americanos, ¿eh? Trademe el muchacho... Firmaré la carta.

—¿Eh? ¿Estás loco? — gritó Campo—. Recuerda los sabuesos del gobierno. Una vez estampado tu nombre...

—No importa, yo firmo. No puedo escribir la carta, pero ahora verás si puedo firmarla.

Chivo averiguó por qué Braganza se había desnudado casi enteramente. Con la frente arrugada por el esfuerzo, mordiéndose los labios

y mascullando amenazas, movió la mano como si estuviera apuñalando a un enemigo. Por último, con un inevitable suspiro de alivio, se levantó y aguantando el papel con la diestra, se encaró con sus secuecos:

—¡Miren aquí!

Las aclamaciones, los alaridos de alegría y de admiración se repitieron. Al final de la carta se veía su nombre escrito con una letra grande, infantil, deforme. La aparición de Bill, empujado por Coloso, mitigó el entusiasmo. El muchacho corrió hacia el jefe, temblándole maquinalmente los labios:

—Braganza, ¡inalto en que me ponga en libertad.

—¿Qué le pasa? ¿No es comfortable su habitación?

La furiosa réplica del joven se perdió para siempre. Braganza había sacado un enorme y afilado cuchillo con el que cortó la mitad de su corbata.

—Esto es tan sólo para que el papá se entere de que queremos negociar... ¡Ah, las iniciales!...— El cuchillo cortó las iniciales de la camisa—. Me las quedaré también. ¿Sabes, Campo? Será mejor que nos quedemos también con una oreja, ¿eh?

—No. Eso vendrá después, cuando el papá no nos haga caso.

—Pues es verdad. Te digo, Campo, que no sé cómo me las arreglaré sin ti.

—Yo sí... Te meterían en la cárcel de nuevo antes de un mes.

Hubo un segundo de silencio en que se olió a pólvora, pero, afor-



tunadamente, el jefe contuvo sus agravios e indicó a Coloso que podía retirar a Bill.

—Y ahora vamos a ver a mi amigo el señor Butch al lado de la frontera. El lo arreglará todo. Cada uno a su puesto. Váyanse ustedes.

Los bandoleros abandonaron la cantina comentando las incidencias de la redacción y Chivo y Braganza se quedaron solos. Este le puso en las manos un fusil, colocado en un rincón.

—Tu primera faena es guardar a ese par de individuos. No deben escaparse.

—Jefe... —suplicó Chivo—. ¿No cree usted que este sombrero es demasiado grande para mí?

—¡Bah! Tenemos un montón por ahí... Escucha, Chivo, no te gustará mucho esa chica, ¿eh?

Chivo mintió. La pregunta de Braganza había dado en el blanco. —Abofetearla me gustaría. ¡Es demasiado inteligente!

—¡Oiga al amigo! —alabó su interlocutor—. La vida me ha hecho ver que la mujer es siempre más inteligente que el hombre. No lo olvides.

—No lo olvidaré, descuide.

Si Braganza se sintió tranquilizado por su afirmación, Chivo tenía sus dudas, no sobre la capacidad femenina, sino sobre su veracidad. Estaba enamorado de Jane. Sólo hacía unas horas que la conocía, pero estaba enamorado. Para distraerse de este pensamiento, que le molestaba con su insistencia y por la admonición que suponía de que jamás vería satisfecha su pasión,

revolvió en una pila de sombreros hasta hallar uno a su medida. El automóvil salía en aquel instante con Braganza y sus compañeros en dirección de la frontera.

Se envolvió en una manta y sin soltar el fusil se puso ante la puerta de la habitación de Braganza, que daba al descuidado jardín, esperando con paciencia el regreso de su protector. Y poco a poco se entregó de nuevo a sus frenéticos y atormentados pensamientos...

Bill, desde que su indumentaria se vió reducida en parte señalada por el cuchillo del jefe de los bandoleros, estaba en un estado de ánimo rayano en la demencia. Se agitaba como un azogado y no se alejaba de Jane, la cual, colocada ante el espejo, comprobaba el efecto de su persona envuelta por un sarape y rematada por un sombrero. Despreciaba las lamentaciones de su novio, teniendo más interés en apreciar el conjunto de su pintoresca indumentaria.

—Esto es una prisión. En buen lío me has metido. ¡Buena la has hecho!

—¿Yo? —se extrañó. La acusación era injusta, pero ya no le daban las palabras de Bill.

—Sí, tú. ¡Todo por tu bromita de la pistola en la carretera! No tengo escapatoria, te lo aseguro.

—Pero, Bill, los dos estamos en el atolladero, ¿no te parece?—dijo, depositando el sarape y el sombrero sobre una silla.

—Soy yo el que ellos quieren... ¡Dijeron de cortarme una oreja! ¡Serán capaces de matarme como a

un perro!... Y ese Chivo, en la puerta, con un fusil en las manos... Si no se te hubiera ocurrido insultarlo...

—Culpa mía también, ¿eh?

—Escucha, Jane, escucha. Ese Chivo no es mal sujeto... Está lejos de ser como los otros. El podría facilitarnos la huida si tú quisieras tratarlo cariñosamente...

—¡Calla! No sabría tratarlos con afabilidad, aunque me retuviesen durante el resto de mi vida.

—¿A ti? ¿Retenerte a ti?... ¡Pero si me asesinarán! Todo lo que tienes que hacer es mostrarte cariñosa, amable... Entiéndeme, que no hieras tus sentimientos. Le daré tanto dinero como espera Braganza obtener, si logra sacarnos de aquí. ¡Por mi bien, Jane! ¡Por favor!

—¿Con amabilidad? ¿Cariñosamente?

—Sí, sólo eso... ¡Por favor!

—Muy bien, Bill.

Salió al exterior. Huía de un hombre al que detestaba, porque le había amado sin merecerlo, y se dirigía a otro al que, se decía, tenía que detestar, porque desde que lo conociera, instintivamente, había servido para demostrarle el error que había estado a punto de cometer. Sin embargo, nada de este estado caótico reflejaba en su cara al pisar la arena del jardín.

Chivo la encañonó con el fusil y mostró una decisión que estaba a miles de leguas de lo que se había confesado en su solitaria guardia.

—No trataba de escaparme, se-

ñor—protestó con humildad—. Es que el señor Shay quisiera hablar con usted.

Hecha mención de la finalidad de su presencia, Chivo notó que su alma descendía de las nubes y que arraigaba en el duro suelo.

—¡No tengo nada que hablar con ese señor!

—Se dicen muchas cosas de los bandidos de Braganza, pero jamás que les faltó cortesía.

—Se atreve a hablar de urbanidad, ¿eh? Váyase a su cuarto inmediatamente y basta, basta ya de truquitos.

Jane le obedeció, sabiendo que la partida estaba ganada y que el exabrupto de Chivo había sido causado por el paso ante ellos de uno de los bandoleros. Más allá, en uno de los patios de la hacienda, un hombre rasgaba una guitarra y cantaba, mientras los demás individuos acudían atraídos por la música.

Jane le invitó a subir los escalones que dividían la habitación y Chivo rehusó, como asimismo el cigarrillo que medrosamente le ofrecía Bill. La joven se percató de que entre los dos hombres existía una barrera, que, tal vez, sospechó, fuera ella misma. Bill únicamente se preocupaba de su huida.

—Oiga, Chivo, buen mozo—tartajó—. Usted ya se da cuenta... Ella... nosotros...

—Desear que les deje escapar, ¿no?

—Sí—dijo Jane.

—Sí, así es. Escuche, Chivo, le

ofrezco una buena suma... diez mil pesos.

—No, señor. Braganza me mataría. Además, no necesito sus pesos.

—No, no; claro que no—intervino Jane—. Pero, señor... le quedaríamos tan agradecidos...

La insinuación del acento de Jane fué captada por Chivo e, inmediatamente, sintió que iba a flaquear su hostilidad.

—No, señor; no puedo hacerlo. Aquí están mucho más seguros. Hay un largo trecho hasta la frontera. Usted no podría...

—No, pero yo sí...—interrumpió Bill—. Ella no corre peligro; Braganza me necesita a mí. Soy yo quien tiene necesidad de escapar. Dijeron de cortarme las orejas. ¡Ese me matará!...

Jane y Chivo coincidieron en el desprecio; pero, al mismo tiempo, el segundo vió el cielo abierto y, asimismo, no pudo dar crédito a sus oídos.

—¿Y abandonaría a la señora aquí... sola?

—¿Serías capaz, Bill?...—musitó Jane, con grave reproche.

Bill había dado un paso en falso. Pero su egoísmo no se paraba en barras y si se preocupaba de mantener un vestigio de amor en recuerdo de otros días, únicamente era por conveniencia propia. Las miradas de Chivo y de Jane eran acusadoras, terriblemente acusadoras...

—No debe extrañarte. Luego de cruzar la frontera, podré disponer de ayuda y de muchos pesos...

Ya era tarde para proporcionar

un lenitivo al mal que corroía el alma de Jane, que afirmó:

—Claro, Bill... lo comprendo.

—¿Preferiría que se marchara?—exclamó Chivo, seguro ya de muchas cosas que la aseveración de Jane corroboró.

—¡Diez mil pesos, Chivo!—insinuó Bill.

—Lo que yo hago no lo hago por pesos. ¿Me comprende usted, señora?—En efecto, lo comprendía, comprendía todo y se lo agradecía, y Chivo explicó: Sólo deseo que usted comprenda. ¿No está atemorizada de permanecer aquí sola, entre bandidos como yo?

La contestación de Jane fué tan dulce que le hizo dar un respingo:

—No, con bandidos como usted, no.

Chivo ideó en un santiamén un plan de dos filos. El podía distraer a todos los guardianes, pero necesitaba ayuda para vencer a Coloso, el de la verja.

—¿Se atreve a ayudarme, señora?

—En todo lo que pueda, señor.

—Bueno, ¿oye usted el canto...?—preguntó a Bill, abriendo la puerta—. Sujete sus nervios, salga al patio y crúcelo hasta pasar el hombre de la puerta. Arranque en cuanto me oiga cantar.

—¿Cómo sabré cuándo es usted?—sorprendió Jane.

—¡Oh! Ya lo sabrá, señora.

Y Chivo estaba dispuesto a cantar como jamás lo hiciera en su vida, porque se le antojaba que había pasado el amor junto a él y lo había sabido retener.



## CAPITULO V

## EL MUNDO ES MIO

Chivo había fraguado una pequeña traición, pero en el amor y en la guerra...

Alegremente cruzó el patio y se encaminó al lugar, ejemplo seguido por otros guardias, en donde sonaban las guitarras. Los bandoleros estaban reunidos en torno de una hoguera, cuyas altas llamas proyectaban sus sombras fantásticamente aumentadas contra las paredes que los rodeaban. Fue acogido con algazara y pronto subió su voz hacia las estrellas, siendo coreada por sus forrados compañeros.

El canto de Chivo, poderosamente expresado adrede, atravesó los muros de la hacienda y llegó a oídos de Bill y de Jane. Esta se quedó muda de admiración o hizo un esfuerzo para recordar en qué lugar había escuchado la maravillosa voz del cantante. Sin hacer caso del apremio de Bill, se detuvo junto a la puerta:

—Bill, juraría que he oído esa voz en alguna parte.

—¿Quieres darte prisa?—exclamó Bill.

La canción, a que se había unido Chivo, había terminado y era indispensable comenzar otra para retener a los hombres. Dispuesto a ganar tiempo, ajeno al asombro de Jane, comenzó a cantar "Cielito lindo".

\*\*\*

Bill se dio tal prisa en escaparse que, adelantándose a su compañera, parada a saborear la nueva canción, agazapándose y disimulándose entre las pitas, franqueó la puerta principal y llegó a la carretera. ¡Estaba libre!

En cuanto a Jane, al reemprender la marcha, observó que era seguida. Fiel al plan que había trazado Chivo, siguió andando en la dirección indicada y se encontró frente a una puertecilla, que cons-

tituía un callejón sin salida, y casi en las manos de Coloso, cuyas intenciones eran de una malevolencia manifiesta. Abrió la puertecilla y echó el cerrojo, encontrándose en un cuarto pequeño, mientras el bandolero aporreaba la madera, deseándola derribar.

No le faltaba mucho al gigante para alcanzarlo, puesto que uno de sus puños había producido un boquete en la hoja, y la joven maldecía la confianza depositada en el cantante, cuando se presentó Chivo y tras de una corta discusión con Coloso, lo dejó sin sentido, empleando para ello el convincente cuanto duro medio de persuasión que se desprende de la culata de una pistola. A continuación sacó la cabeza por el agujero que vigorosamente había abierto el desmayado bandolero y miró al interior.

Jane estaba apoyada en una mesa, pálida, pero dispuesta a defenderse, como lo indicaban sus manos crispadas y su erguida cabeza.

—El señor Shay ha huido y aquí me tiene usted. ¿Quiere hacer el favor de abrir la puerta?

—No tengo intención de abrirla y cuanto antes se marche...—Su ira estalló—. Sólo hasta pasarla, ¿eh? ¡Eso era todo! ¡Bonito truco! No hago más que pasarla y ese enorme gorila se arranca persiguiéndome.

Chivo se echó a reír, aunque estuviera intranquilo. Hasta un ciego hubiera sabido que el alma de Jane no encerraba la más mínima expresión de agradecimiento. Aquello no era amor, sino lo más parecido al odio que había visto en su vida.

—Usted es de la misma calaña que los otros.—gritó la joven.—Es usted tan perverso como ese energúmeno que vino persiguiéndome

—Soy mucho peor y voy a pasar ahí dentro con usted.

—Me gustaría que lo intentase.

—Conque le gustaría, ¿eh?...—empezó Chivo, pero la puerta tenía corrido el cerrojo—. ¡Abra la puerta! ¡Abra, le digo!

—¿No ve que eché la llave?

Era verdad, pero Chivo no se detuvo ante el pequeño percance. Metió la mano por el boquete y entró en el cuarto, mientras Jane se refugiaba en un rincón. Dió varios pasos hasta ella e intentó cogerle las manos.

—Los malvados obran así, ¿verdad?—protestó Jane—. Por lo visto es su noche de aprendizaje.

El golpe fué certero y Chivo lo acusó de una manera que halagó a Jane.

—Muy lista... Pero no lo bastante para mí, que adivino cuanto piensa y siente.

—¡Ah!, ¿de veras?

—¡Usted me quiere!

—¿Que yo?...

—¡Usted me quiere! — repitió Chivo con seguridad creciente—. No intente engañarme. Conozco a las mujeres. ¡No trate de engañarse a sí misma!

Es excusable el tono dictatorial de Chivo. No era el primer hombre que, entregado al poder de una pasión, cree hallar eco en el corazón de la persona amada. Además la sorpresa y el rencor de Jane eran



—¿Te lo digo y lo espino, palido!



—No soy un bandido, yo soy un artista.



—Te agradezco que hayas aceptado mi invitación.



—Dices que te gusta cantar por la radio, ¿eh?  
¡Bregante lo va a escuchar!





Chive empied a cantar "Colera Aida"



La var pedrona de Chive fin cantando a todos



Los bandoleros robaban sobre sus territorios  
y hacíanlos de la fuerza



Al final de la casa se veía un edificio  
que era de la fuerza





—Esto es una privida. Es buen día me ha motivado.



—¡Días mil pesos, Chivo!



—¿Se atreve a quedarse, señor?



Disputa a gran braga, acortada a cantar...



...de d'ell als antitido...



—¿Quiero hacer el favor de abrir la puerta?





—¡Bien vendida están! Julia Bragazon!



—¡Chicos! No sean mal ganados. Después de la que yo he hecho por él...



—¡Llévense al coche y véganse por la noche.



—¡Tú, valiente!





— ¡Haya de cacerías! ¿Conoce usted  
el reglamento de la caza?



— Si el chamuco quiere cantar para mí, lo dejaré cantar.





—La policía me ha detenido, jefe.

—¿Dónde estás?

—No debes hacer nada a la rebeldía.

—Gracias por vuestro apoyo, amigos míos.



— Oh, mi chamiuf



— Oh, mi chamiuf



tan semejantes a la entrega, que se envalentonó hasta pasar uno de sus brazos en torno a su cintura, aproximando su faz a la de ella.

—¡Apártese de mí, mono idiota!... ¡Habrás visto necio!... Antes...

—¿Por qué me ayudó en la fuga de Bill?... Porque se muere por mí.

—¿Supone acaso que procedí de tal modo por haber sufrido una decepción?

Y de un fuerte empujón se libró de sus brazos y se parapetó al otro lado de la mesa de la habitación. Pero Chivo no se arredró y la persiguió en torno al mueble, con excitación creciente que le inducía a insistir sin descanso:

—¡Naturalmente! Usted no puede amarle... Me quiere a mí. ¿Y por qué cree que me expongo a que me mate Braganza?

—Bill le prometió dinero.

—¿Pesos? ¡Qué importa!—desprecisó—. ¿Bill?... ¡Muchísimo menos!

—Calle y márchese de aquí.

—Usted me importa.

—¡Bah! Calle y márchese—repitió Jane.

—Nada de eso. ¡Usted ha coqueteado conmigo!

—¿Quién, loco de remate?

—Y ahora intenta engañarme con la pretensión de que no me quiere.

—¿Quiere dejar de una vez esa estúpida cantinela? ¡Yo no le quiero! No sabría... no podría... ¡jamás!... Le creo a usted... es usted... ¡Oh, me parece usted horrible!

Pero Chivo estaba decidido a dar

fin a su resistencia y de un salto la volvió a coger entre sus brazos y la acercó a su pecho, recibiendo en pago de su apasionada presa un par de bofetadas nada suaves, que, no obstante, fueron tan bien recibidas como unas caricias.

—Ahora sé que me ama—exclamó—Le dije que conocía a las mujeres. ¿Por qué no me vuelve a pegar? Yo lo sé... ¡Es porque me quiere!

La monotonía de su afirmación y la seguridad de sus conocimientos en materia femenina fueron interrumpidas por un diluvio de bofetadas de la irritada Jane.

—¡Lo quiso usted y se lo ha ganado!

—La voy a...

Sus labios rozaron los de la muchacha y por más que pugnó ésta recibió un beso. Chivo, al despertar su alma a un mundo mejor gracias al contacto, repitió la caricia, sin darse cuenta de que sus brazos estrechaban a la joven con fuerza creciente, haciéndola jadear. Por fin, apretando las palmas de sus manos contra el pecho del atrevido, Jane quedó en libertad y se contemplaron desafiadores.

—¡Apártese de mí! ¡Lo odio!... ¡Es usted...

Y de la inactividad pasó al movimiento de una manera contundente, pues cogiendo la maceta que reposaba en el centro de la mesa, la arrojó contra el enamorado cantante, el cual apenas tuvo tiempo de esquivarla. Los proyectiles menudearon sobre Chivo, logrando su propósito de mantenerle a raya.



Pero, finalmente, irritado por aquella resistencia armada a su constante letanía de "usted me quiere, usted me quiere", y por el peligro físico que desencadenaba, volvió las tornas con creces, disparando los cachivaches que estaban a su alcance. De suerte que minutos más tarde no había un trasto sano en la habitación, aunque los dos estuvieran incólumes, pero fatigados.

Las exclamaciones, los impactos de la pelea y el constante estribillo del aficionado a bandolero y, sobre todo, el cansancio vencieron la energía de Jane, que volvió a caer en su poder. Se le desgarró una manga del vestido, a lo que se añadió el sudor y el polvo originados por la contienda, y estaba irreconocible. Por último, rompió a llorar desconsoladamente.

Esto fué, el llanto, el llanto de la impotencia y de la amargura de su corazón, el ultraje que emanaba, lo que dominó a Chivo y le abrió los ojos. Como casi todos los hombres, era incapaz de presenciar impasible el llanto de una mujer; además, su conciencia le acusaba de criminal y su ardor desapareció como si hubiera recibido una ducha fría.

Mientras los sollozos estremecían los hombros de Jane, Chivo buscaba las palabras que, ya que no la consolaran, por lo menos tuvieran fuerza para hacerse perdonar. Pero las frases huían de su lengua y haciendo un esfuerzo tocó los cabellos de la joven, acariciándolos maquinalmente.

—¡Pobrecita, pobrecita!... ¡Per-

dóneme! He sufrido un gravísimo error. ¡Señora, perdóneme! Se lo suplico humildemente. Mi equivocación fué... creer que la enamoraba siendo yo el enamorado. Y también por esto, señora, imploro su perdón.

Como ocurre corrientemente, llegada la hora de las disculpas se prodigó la generosidad. Jane levantó sus ojos hasta él y adivinó su agonía a través de la turbación de su faz.

—Yo soy quien debería pedir perdones, Chivo. Le hice concebir vanas esperanzas, le impulsé a que arriesgara su vida y hasta llegué a reírme de usted.

—Hizo bien en reírse de mí, señora. Lo merezco por necio y por haberla hecho llorar.

—¡Oh, no fué usted solo, Chivo!... Es que yo...

Salieron al exterior y dando la vuelta a la casa llegaron a un terreno solitario, inculto, pero cuya belleza dió el bálsamo necesario a sus espíritus como también la tranquilidad. El resplandor de la luna recortaba las grotescas formas de las pítas y de los cactus y ponía una línea de plata en las cumbres de las lejanas montañas. Jane aspiró el aire con avidez.

—¡Qué hermosa noche!, ¿verdad?—dijo.

—Cierto —respondió Chivo saliendo de su postración—. ¡Qué luna más esplendorosa!

—Sí, ¡Es maravilloso!

—Y lo es asimismo la acción de usted, una señora rica, departiendo con un bandido como yo—excla-



## EL ALEGRE BANDOLERO

mó, y Jane se detuvo mirándole de frente.

—Pero, Chivo, si soy una pobre chica que trabaja para vivir. Yo no soy rica.

—¿No? Ni yo soy un bandido.

—Desde el primer instante me di cuenta.

—Lo parecía, no obstante, ¿verdad?

—Trató de parecerlo. Pero, en cambio, es usted todo un artista. Le oí cantar.

—Ese es mi mayor deseo, ¡cantar! Cantar para que el mundo entero me oiga. Quiero cantar para vivir.

—¡Para vivir!—suspiró Jane.—Hacer lo que el corazón le dicte. Esto es lo único que importa.

—Lo que el corazón nos dicte. ¿Sabe usted lo que me dice el mío?... No puedo decírselo, pero puedo cantárselo.

Jane suplicó que lo hiciera y rompió a cantar.

### EL MUNDO ES MIO

#### ESTA NOCHE

(Traducción literal)

*El mundo es mío esta noche, — y mía cada estrella de plata que titila en el alto firmamento. — Esta hora de delicia del corazón. — El mundo es mío y cada flor que florece de nuevo. — Tú eres mía y sólo mía. — Dos labios que hablan de amor y dos ojos que brillan. —*

*Así en mi corazón este mundo divino es mío esta noche. (Segundo tiempo). Noche de amor. — Cuando eres mía por derecho de amor. — Noche de amor en un mundo únicamente nuestro. — Sueño de amor, aunque te veré desaparecer con la aurora. — Tú eres mía hasta que las estrellas hayan desaparecido. (Primer tiempo.) El mundo es mío esta noche, etc., etc.*

Las palabras que pronunciaba Chivo en su inspirado canto, la majestuosa belleza nocturna y la prometedora música que brotaba de los labios y de la garganta del joven, ofreciendo un mundo en que toda su hambre de amor y su sed de paz y el logro de sus ilusiones se realizaban, tendieron una cadena invisible entre ella y él, demoliendo los cimientos de su pasada vida. Las lágrimas acudieron a sus ojos, conmovida por la belleza, la serenidad y la elevación de miras que la canción denotaba y llenándola de promesas, que, en un instante pretérito, estuvieron a punto de desaparecer: en fin, narrándola la única verdad que cabe en el océano de los siglos: que estaba enamorada.

—He vuelto a hacerla llorar, Jane.

—Pero de gozo esta vez, Chivo.

Y no fué necesario más, sino el silencio, para que sus manos se unieran.

CAPITULO VI

UN CONDENADO A MUERTE INSOPORTABLE

Pero, mientras el idilio de Jane y de Chivo se iniciaba en el exótico jardín de la hacienda, empezaron a soplar malos vientos para sus autores. Sin que la más leve muestra de ello fuera recogida por sus oídos, la verja de la casa fué abierta ante la imperiosa llamada del automóvil que había conducido a Braganza a la frontera. Los bandideros acudieron y exhalaban los vítores de ritual, en tanto que su jefe descendía del coche.

—Bien podéis gritar "¡viva Braganza!" ¡Vámonos! Todo el mundo a la cantina.

No se hicieron repetir dos veces la invitación y se precipitaron hacia el mostrador, dando cuenta de los vasos de tequila inmediatamente de ser servidos. Diego se apoyó en una de las columnas del soportal y se deslizó a lo largo de ella, quedando sentado en el suelo, semejante a una mancha de asfalto. Su desaprobación era muda, pero diáfana. Braganza, radiante, consumió su bebida y ordenó a uno de sus hombres:

—Salvador, tráigame a ese joven, a Shay. He hablado con el se-

ñor Butch y está dispuesto a arreglarlo todo.

—Te digo que ese Butch no me gusta — gruñó Campo, sin impacientarse.

—Podemos aprender mucho del señor Butch. Más todavía que de las mismas películas americanas de gangsters.

—Yo me divierto mucho más con las películas cómicas y de trucos—confesó el pesimista lugarteniente—. Y con Mickey, el ratón.

Braganza se desazonó por la evidente animosidad de Campo a sus intentos de hacer progresar a su cuadrilla y buscó la ayuda de Diego.

—Diego, ¿qué opinas tú del nuevo sistema adoptado de bandidos americanos? Bueno, ¿no?

Braganza notó que la sangre se le helaba en las venas. El lacónico Diego le dirigió la más lacónica de sus miradas. Hacía tiempo que no decía esta boca es mía, precisamente él, su compañero de los buenos tiempos. ¡Era espantoso! Aceptó de mala gana la burlona exclamación de Campo y sus pullas.

—De todas formas, el señor

Butch se ha comprometido a arreglarlo todo.

Salvador regresó temblando como un hombre atacado de fiebres perniciosas y lo que anunció trazó un ancho círculo a su alrededor. Braganza no se andaba con chiquitas en sus momentos de ira.

—¡Jefe, jefe! ¡Se ha fugado! El joven acaba de escaparse.

Braganza le cogió por el cuello y lo sacudió como una paja.

—¿Qué dices? ¿Escaparse? —Sacó la pistola y la dirigió contra todos—. Una traición, no más. Ese muchacho no tiene el suficiente coraje para salir de aquí solo. Y sea quien fuere el traidor será fusilado al amanecer.

—¿Al amanecer?—protestó Campo—. ¿Por qué aguardar tanto?

—Bueno, rompamos las reglas esta vez. Al amanecer, mediodía o medianoche, me es igual. ¿Quién? ¿Quién ha sido? Nadie respira, ¿eh?

En efecto, nadie tenía valor ni para respirar. Campo dirigió sus agudos ojos en busca del culpable. Estaba seguro de no equivocarse.

—¿Y qué me dices del nuevo chico, el cantante?

—¿Chivo? No seas mal pensado. Después de lo que yo he hecho por él...

—Pues él no está aquí ni estaba en el patio.

Jane y Chivo oían las voces de la cantina desde el patio, muy cerca del automóvil, al que no podían recurrir a menos que quisieran suicidarse.

La joven asió su brazo asustada

y él le acarició la mano, dándole los últimos consejos.

—Ahora, recuerde. Cuando Braganza me llame, todos sus hombres estarán allí; aproveche entonces. Lléguese al coche y váyase por la verja.

—Pero yo no puedo huir y dejarle aquí. Usted mismo dijo que lo matarían.

—No se preocupe. Braganza me aprecia. Ya discurriré algo. Todo saldrá bien.

—Usted es muy bravo, Chivo.

—Tome esto—dijo sencillamente el joven.

Y le entregó la pistola que Braganza le había dado. Era tiempo, porque Salvador, con su cetrina cara destellando severidad, se les aproximó, llevándole el recado de que Braganza le deseaba ver. Cambiaron una postrera mirada y se marchó. Pero Jane, contrariando la voluntad de su salvador, se escondió entre unos burros y aguardó las consecuencias con el revólver dispuesto.

La nueva discusión sucedida entre Campo y Braganza fué turbada por Chivo que adelantándose a Salvador se echó en los brazos del bandolero y lo estrechó contra su pecho. Este suspiró enternecido, pero Campo, impaciente, deseando extirpar la mala hierba de la cuadrilla, los separó con violencia.

—¡Basta ya! ¡Confiesa, muchacho, y será mejor que digas la verdad!

Braganza se pasó el dorso de la mano por los ojos, que brillaban es-



peranzados. Con el tono más dulce del registro, preguntó:

—Se ha fugado ese joven porque alguien le ayudó. Campo sospecha de ti, pero tú no podías traicionarme, ¿eh, chamaco?

Inclinó el cantante la cabeza como avergonzado de su conducta y su respuesta zarandó a los bandoleros como el huracán a las espigas de trigo.

—Lo siento, jefe, pero he sido yo.

—¿Qué? ¿Que has sido tú? ¿Me pagas metiéndome en un lío?

—“Orita” mismo estarán listos los muchachos — intervino Campo y silbó—: Listos.

—¡Espera! — gritó Braganza—. ¡Fusilarle es demasiado bueno!

—“Pos” hay otros sistemas — anunció Campo con la seguridad de un perito—. ¿Tienes alguna idea especial?

—Tendría... debería torturarte— dijo desazonado el jefe a la humillada cabeza de Chivo—. Yo debería... debería... ¡Tú, traidor! ¡Tú, por quien he hecho la mar de cosas...!

—Lo siento—murmuró Chivo, y el rostro de Braganza se despejó.

—Lo sientes, ¿eh? Más lo vas a sentir dentro de diez minutos. Lo sientes; eso dijo López y tú ya sabes lo que le pasó a López.

—Claro que lo sabe. ¡A liquidarlo!

El que había hablado fué Campo, el cual, haciendo un ademán, fué seguido por un grupo de hombres hasta un extremo del patio, en donde ardía una hoguera. De una

alcayata descolgó un sable y se lo ciñó; después, sacó un cajón y de él unas escarapelas y las prendió en el brazo del piquete y en el suyo propio. Los preparativos no habían sido detenidos y Chivo empezó a meditar que las cosas no iban por buen camino. Braganza, entretanto, proseguía reprochándole:

—¿No te proclamé miembro de mi banda y capitán y coronel y te di un caballo y una de mis propias pistolas? Ni por mi hermanito mayor hubiera podido hacer más... ¡por mis huesos! Te facilité incluso una audición en la emisora de radio. Hice todo esto en un día... y en un día tú me haces traición y en el mismo día vas a caer fusilado. ¡Siento no poderte matar más que una vez! No hay castigo demasiado malo para un traidor que me ha hecho esta “tanteada” a mí, Braganza!

Un murmullo de conmiseración y de ira surgió de todos los pechos. Braganza estaba decididamente afectado. Chivo, con la barbilla hundida en el pecho, aguantaba el chaparrón a pie firme, sin advertir el menor resquicio por donde poder escaparse. Pero una súbita inspiración aclaró el sombrío horizonte. Braganza, tomando su silencio por arrepentimiento, creyó oportuno disparar una saeta más para desahogarse.

—Y cómo vas a morir... como un perro.

—Todo está listo—repitió Campo con el sable desenvainado—. Vamos.



—Un momentito, Campo... Pero, dime, chamaco, ¿por qué te portas-te así conmigo?

—Lo hice por la señora. Usted no lo comprendería, jefe. Usted no ha sido nunca joven.

Su primer asalto produjo el deseado efecto. Los ojos de Braganza se desorbitaron.

—¿Que yo no fui qué? ¿Es que me crees viejo ahora?

—Usted no sabe de amores.

—¿Que no sé de amores? Poco más o menos a tu edad ya me había casado dos veces... no, tres veces... Amor, ¿eh? ¿Cómo crees que conseguí ocho, nueve esposas?

—Once esposas, jefe — gritó Campo—. Pero no insista o será el cuento de nunca acabar. ¡Al avío!

—Entonces comprenderá usted mis sentimientos — dijo Chivo sin hacerle caso.

—Puedes creerlo. Tú eres como yo, justamente. Todo por la señora de tus pensamientos. Hasta la vida por ella. Espera que me vuelva a enamorar otra vez y te lo probaré.

—¡Serás capaz! — aulló Campo—. Pero ya hemos hablado demasiado. Pasaremos a la acción.

—Aun así tengo que matarte.

—Dispuesto estoy y moriré feliz, porque muero por la mujer que amo.

—¡Bravo, chamaco! — le jaleó Braganza.

Campo hervía de ira. Los minutos se le antojaban horas. Jamás había tropezado con un reo tan charlatán. Todo parecía volver a la normalidad que ha de presidir una

ejecución, cuando a aquel maldito Chivo se le ocurrió hablar de nuevo, estropeando el magnífico efecto que producían los bandoleros esperando su muerte. Pateó con rabia, pues, en cierto sentido, también era él un artista que se tomaba su oficio en serio.

—Y yo le perdono — aseguró Chivo—. Y hasta me tiene usted muy apenado. Conmigo, cuando muera, mi voz morirá también. Y usted me pedía siempre que cantara para usted.

Braganza se mesó los cabellos suplicando a su sangre fría que reapareciera. Pero ésta no le hizo caso y un nudo tremendo ocupó su garganta.

—¡Bah! Yo... yo tengo mi radio.

—Ciertamente. Pero deseaba dedicarle una pequeña canción, una bellísima canción. Demasiado tarde ya. Usted no la conoce.

—Que no cantas, te digo — gritó Campo.

—Di, ¿cuál es el nombre de la canción? — preguntó Braganza anhelante.

—En el sur la llaman "Mamacita mía".

—Vamos ya — ordenó Campo—. Pero, ¿vienes, granuja?

—"Mamacita mía" — murmuró Braganza—. ¿A quién llamas tú granuja?... Ciertamente voy, ya voy.

—Debes "apurarte", entonces. Vamos a hacerlo una sola vez.

Entre todos llevaron a Chivo al lugar de la ejecución, pasando junto a una piedra plana, asiento de Braganza en tales espectáculos, es-

perando que se reuniera a ellos, como hizo, transportando pendiente de un brazo una garrafa de aguardiente para consolarse y murmurando el título de la composición aludida. Diego se apoyó en el árbol que daba sombra a la piedra y advirtieron los más cercanos que los ojos de su jefe estaban turbios de pena. El mismo Chivo comprendió que le tenía un afecto real y que estaba a punto de echarse a llorar. Sin embargo, fingiendo una indiferencia suprema se sentó ante los fusiles del piquete con ademán despreciativo, poniendo sobre sus cuas a Campo que corrió hasta él:

—¡Atención, carotas! Póngase en pie, ¿quiere? Ya sabe que eso no es correcto.

—Es que me siento algo cansado.

—No importa. Vas a tener un agradable y largo descanso.

Y enarbolando el sable, añadió:

—Señor... comparezco para acusaros...

—Si ya sé a lo que vienes, hombre—le interrumpió Chivo—. ¿Para qué tantas condecoraciones?

—Escucha, conozco mi obligación. ¡Y las condecoraciones te las voy a colgar a ti, quieras o no quieras!

Carraspeó y volvió a su lugar anterior.

—Señor... Comparezco para acusaros de haber sido traidor a nuestro jefe, Braganza. ¿Lo admitís así?

Chivo se quitó el sombrero, lo tiró al suelo y lo volvió a recoger mirando al jefe, que, desde que

Chivo le mencionaba la canción, sentía una gran inquietud...

—No, no en absoluto—repuso—. Estoy maravillado del gran Braganza. Tiene el corazón de un león y el alma de un artista.

Braganza hinchó su pecho y miró en todas las direcciones con orgullo hasta que clavó sus ojos en Diego, que parecía de piedra tallada.

—¿Tú has oído, Diego? Las cosas buenas que el chamaco dice de mí. Es que me quiere. ¿Está seguro Chivo de que el nombre de esa canción es "Mamacita mía"?

Campo jamás estuvo más cerca de un ataque de apoplejía. Dió unos pasos hacia Braganza y luego regresó hacia el reo:

—¡Basta de canciones! ¿Conoce usted el reglamento de la ejecución? Se portará bien, ¿verdad? Ahora tengo que ofrecerle un pañuelo para vendarse los ojos. Los hombres bravos lo rechazan siempre.

Y eso fué lo que hizo Chivo, tirándolo al suelo, con gran disgusto del lugarteniente, que no le tenía en buen concepto, y que protestó con un monosílabo muy expresivo. No así Braganza al que el gesto de su protegido le pareció de perlas:

—Eres un bravo, chamaco. ¿"Mamacita mía", eh, Chivo?

Pero Campo no dió lugar a la respuesta. Sacó de uno de sus bolsillos una cajetilla y ofreció un cigarrillo, diciendo:

—Ahora tengo que ofrecerle un cigarrillo y es de suponer que se lo fumará. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. No fumo.

—Es usted el hombre de peores modales que he matado en mi vida. Y ahora la última pregunta: ¿Tiene algo que decir?

—¡No!—fué la contestación que llenó de esperanza a Campo—. No tengo nada que decir, pero me gustaría cantar aquella canción para el jefe.

El lugarteniente perdió los estribos, perdió la dignidad, perdió la atención que su papel oficial requería, perdió la cortesía, lo perdió todo, pues apuntando con la espada el ganate del cantante, le advirtió:

—Escucha, arráncate si quieres por petenaras, pero al primer chillido que metas te abro en canal.

Braganza luchaba entre su cariño a Chivo y la necesidad de que la justicia siguiera su curso, pero pudo más en él otro elemento imponderable, su curiosidad y su afición a la música. Así es que, tímidamente, suplicó:

—¡Oh! ¡Tan sólo el estribillo!

—¡Oh! —rugió su lugarteniente—. ¡Listos!... ¡Apunten!

Los bandoleros del piquete corrieron los cerrojos y se echaron al hombro las armas. Chivo jamás vió la muerte con la claridad de aquel instante. Y quieras que no las piernas le flaquearon, Braganza se tapaba la cara y todo podía darse por perdido. Pensó con todas sus potencias en Jane y murmuró su nombre. Sin embargo, encontró un aliado, el más insospechado. ¡Diego! Se movió el indio con agilidad

e interpuso su cuerpo entre los fusiles y Chivo.

—Momentito, señores. Un pequeño momento, Campo.

Si un meteoro se hubiera despedido en el centro de la asamblea no la hubiera conmovido tanto. La voz de Diego sonó como un clarín. Los fusiles se abatieron, Campo bajó el sable. Braganza se estremeció y los bandidos demostraron su asombro de distintas maneras. Que hablara Diego, presagiaba grandes acontecimientos.

—Diego... Diego, ¿has sido tú? —preguntó incrédulo el jefe.

—¿Hablando? —indagó Campo corriendo hacia él y conteniéndole.

Diego le rechazó con un ademán majestuoso y levantó sus brazos, encarándose con Braganza:

—Braganza, yo dimito.

—¿Qué?... ¡Válgame Dios, si no puedes dimitir! ¡Yo te despediré! —le amenazó.

—Yo dimito, ¿lo oye?—prosiguió implacable—. Y lo hago porque usted trae desgracia a la honorable profesión del bandidaje. Braganza, usted y yo descendemos de rancias familias de proscritos. Y yo le vengo sirviendo desde el mismo día en que se convirtió en renegado. ¡Gran vida aquélla al aire libre! Galopando a través del desierto, luchando con los rurales, saqueando una villa aquí, incendiando un rancho allá, cometiendo una acción brava cada día... ¿Y ahora, que? Vió una lamentable película y quiso usted que sus bandidos tomaran como ejemplo a los americanos. ¿Y qué pueden enseñarnos esos ganga-



tera, sino cobardía, juegos sucios y traiciones?... He tenido mucha paciencia con usted, Braganza, pero hoy debería usted esconder la cara avergonzado. Hoy será capar de matar a un hombre que está resuelto a dar su vida por el amor. ¡Por mis huesos, ni siquiera le permite la delicadeza de cantar una cancioncilla en el momento de morir! Digo que esto es una desgracia y una vergüenza para nuestro buen nombre, ¡y repito que dímelo!

Se envolvió en su manta, que le había caído de los hombros durante su discurso, y pasó junto a Braganza sin hacer caso de sus protestas. Cuando Diego peroraba lo hacía siempre largo y tendido, como la conciencia colectiva, y los avergonzaba, en prueba de que el silencio muchas veces es un arma terrible. Pero Campo algió adelante con la ejecución, a la que ya tenía entre ceja y ceja:

—¡Listos!... ¡Apunten!

Chasquearon los cerrojos de los fusiles y las bocas de los cañones bostezaron ante el pecho de Chivo, pero ahora fué Braganza el que se encargó de intervenir.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Diego tiene razón, hombre! ¡No debemos olvidar la cortesía!

—¿Y qué pasa con tu organización?

—Si el chamaco quiere cantar para mí, le dejaré cantar.

Campo colgó su sable y su jefe le contuvo:

—¿Qué te pasa "orita"? ¿Vas a dimitir también?

—¡Que es hora de comer! — Y

siguió andando hasta que Braganza le alcanzó.

—Tú, quédate aquí—le mandó y, dirigiéndose a Chivo—: Y tú vas a satisfacer tu último deseo. Canta una vez más para mí antes de morir.

Braganza le recomendó que fuera la intrigadora "Mamacita mía" y regresó a su asiento. Chivo, en vista de que había esquivado todos los escollos y de que iba a triunfar por fin, no se hizo rogar dos veces. Campo se apoyó en el sable e hizo acopio de paciencia. Y las notas del "Lamento gitano" se unieron a la pura atmósfera de la noche.

*Yo no sé por qué he nacido  
ni crecido  
junto al llanto,  
ni por qué te he conocido  
ni por qué te quiero tanto.  
Hasta en mi sueño de niño  
soñaba mi mente loca  
que tu cariño era mío  
y los besos de tu boca.*

*Gitana,  
mujer extraño,  
de mala entraña  
que se me fué  
destrozándome la vida,  
sin tu amor  
me moriré.  
Gitana.*

Cuando terminó de cantar permaneció a la expectativa. Braganza lloraba apoyado en sus brazos cruzados y sus acusaces le contemplaban con alarma. Campo le sacudió con rudeza.

—¡Recóbrate, grandísimo buey!

—¡Oh, Campo, esto es demasia-



do! Es la canción que ella solía cantarme.

—¿Quién te la cantaba?

—Florella, mi tercera esposa.

—Florella fué tu quinta esposa.

—Bueno, ¿qué más da, vamos a ver? ¡Florella la cantaba!

—¡Aj!

Campo se apartó de Braganza con evidente mal humor, pues era el único que despreciaba las cualidades de Chivo y las corruptoras notas de la música. Se colocó en un extremo adecuado del piquete y desenvainó por centésima vez el sable. Chivo temió que todas sus maquinaciones hubieran resultado estériles y se giró hacia Braganza. Sea que éste comprendiera la demanda de auxilio, sea que se determinara a poner fin a la tragicomedia, cediendo a sus impulsos, el hecho es que se levantó y gritó:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Campo! ¡Campo!  
¡No! Yo mataría al hombre, pero no podría matar esa hermosa voz.

Se volvió hacia los bandoleros y

levantó los brazos, como pidiendo perdón por lo que iba a decir y su ayuda para corroborar su voluntad.

—¡Amigos! En honor de mi quinta esposa, Florella, la ejecución será aplazada de momento. — Las aclamaciones de ritual dominaron su voz. — Tan sólo hasta mañana, Campo—le calmó—. Mañana a la salida del sol eso será muchísimo mejor. Al amanecer.

—¡Sentimental! — le reprochó Campo—. Agarren a ese Chivo y enciérrenlo.

Uno de los bandoleros se encargó de realizar la orden. Los demás acudieron al ser invitados por Braganza, que destapando la garrafa de aguardiente la brindó al que estaba más cerca.

—Y ahora, compadres, echaremos un trago de tequila. ¡Vámonos!

Y así, mientras Campo iba a satisfacer su apetito, y unos consumían el contenido de la garrafa, los demás corrieron a la cantina lanzando alaridos.

## CAPITULO VII

## HUIDA FRUSTRADA

Jane había presenciado la intenciona de fusilamiento de Chivo con encontradas emociones según las incidencias del mismo, parapetada detrás de los dos burros atados a un poste del patio. Cuando todos los bandoleros estuvieron en la cantina, echó a correr en pos del cantante y de su guardián, con el revólver amartillado. No estaba muy segura de lo que iba a hacer. Unicamente tenía una idea: la de salvar a Chivo.

Escudada por los cactus y las bardas pudo seguirlos sin ningún peligro y al doblar ambos hombres el recodo que formaba saliente del edificio, a punto de encerrar al joven en la habitación que le había sido destinada, salió de improviso y clavó la pistola en la espalda del bandido, de modo que éste no tuvo que pensar mucho sobre la naturaleza del objeto que le hacía enderezar el espinazo.

—¡Jane, es usted espléndida!— alabó Chivo—. ¿No quieres entrar?

Esta última pregunta se dirigía al bandido que se había quedado de piedra.

—¡Oh, sí, pero mi reputación!... ¡La reputación es algo, sobre todo

si es la de los demás, muy parecida a una conveniencia social y, por consiguiente, depende mucho de las circunstancias que la crean. En resumen, que los dos jóvenes decidieron que les importaba un comino la de su apresado y sin contemplaciones le encerraron en la habitación. Sin perder un segundo, se apoderaron del coche y Chivo, haciéndole describir una curva, corrió el espacio suficiente para atravesar sin percances la puerta cerrada de la hacienda. No obstante, el ruido del motor y el choque contra la madera, que saltó hecha añicos, pusieron sobre aviso a los ladrones al grito de:

—Los prisioneros se escapan. ¡A ellos! ¡A ellos!

Algunos hombres montaron de un salto en sus caballos y los lanzaron en una vertiginosa persecución, pero era inútil y no tardaron en volver. Braganza y Campo contemplaron su regreso con las manos vacías y el primero estudió el destrozo que el parachoques del vehículo había promovido en parte tan importante de su hacienda. Asíó por el pescuezo al vigilante y

lo arrojó a un rincón como una masa inerte.

—Pero, ¿qué monerías son éstas, compadritos? Mis prisioneros se escapan de aquí como de uno de esos penales americanos. — Dió un codazo a Campo. — De todos modos, ¿qué me dices de ese chamaco? Se escapa... y con una mujer recién casada.

\* \* \*

Al otro lado de la frontera, en un lujoso departamento, severamente decorado y en cuyas paredes se veían los retratos de Lincoln y otros representantes benéficos de la humanidad, se desarrollaba una importante reunión, cuyo principal objeto era la carta de Braganza, en la que se requería de P. Wharton Shay una determinada cantidad por su hijo.

Daba la casualidad, pues cosas semejantes suele regalar la Naturaleza a los mortales para distracción suya, que cada uno de ellos, tanto el que llevaba la voz cantante como el resto de sus contertulios, eran un remedo de los artistas cinematográficos cuyos papeles acostumbra ser los de la baja esfera social en donde reside la aristocracia del crimen. Esta coincidencia hacía innegable su profesión de gangsters. El jefe se parecía a Wallace Beery; su mano derecha, el

hombre que arrojaba la moneda al aire, a George Raft, James Cagney tenía su doble, asimismo Edward G. Robinson, etc. Acaso la imitación era inconsciente, pero estaban seguros de tal parecido, cuyas ventajas por notorias que fueren, debían dañarles en su negocio.

El señor Butch, como le titulaba Braganza, o Wallace Beery, depositó el ultimátum dirigido por los mejicanos al magnate y entrelazó sus dedos:

—Ahora Braganza tiene al joven Shay en su escondrijo. El mejor escondrijo de uno y otro lado de la frontera. Y vienen a pedirme ayuda. ¡A mí, imagínate! ¡Ja, ja, ja! Prepárense que va a ser sonada. Intentaremos algo nuevo. Hay que aprovechar la ocasión.

—¿Qué? — exclamaron con ansiedad, abandonando sus tics peculiares.

Butch inclinó la cabeza repetidas veces como hombre que está al cabo de la calle y que sabe más que los demás de la forma en que se desenvolverá el futuro. No en balde era el jefe y tenía el orgullo suficiente para estar más que satisfecho de sí mismo.

—Sí. Ese es mi propósito.

Cambiaron una mirada de inteligencia y uno de ellos silbó admirativamente.

—¡El amo!—y con aquello ya estaba dicho todo.

\* \* \*



Chivo y Jane, aun estando a muchas millas de la hacienda de Braganza, no refrenaron su rápida carrera. El automóvil avanzaba valientemente hacia la frontera y pasada media hora podían considerarse a salvo. Pero el caprichoso destino, que, en las largas horas de la noche, les había zarandeado como corchos en un mar tormentoso, puso a prueba su resignación una vez más.

La luna llena iluminaba la cinta blanca del camino con la misma claridad que si fuera de día, contribuyendo a ello las enormes extensiones de matorrales, de color mucho más oscuro, que lo bordeaban, cuando, al bajar una cuesta, distinguieron sus ojos una mancha en la carretera. Al acortarse la distancia, pudieron apreciar que era un hombre que caminaba apoyado en un palo y que por más señas vestía de forma distinta a la típica del país.

Este sujeto no era otro que Bill, al que si el miedo había dado fuerzas y agilidad, no había acabado de probar que presta alas al que lo sufre. Estaba despeado, sudoroso y con la boca llena de un polvo impalpable y maligno. Viendo el coche braceó con vigor, logrando que se parase; viendo a los ocupantes se serenó y viendo, por fin, a Chivo, tornó a sus antiguos sobresaltos.

—¡Jane, Jane!... ¡Qué suplicio más grande! Toda la noche dando tumbos. Me he perdido; ha sido horrible, espantoso.

El viajar tiene sus molestias,

pensó Jane, y Bill era la peor de todas, puesto que le recordaba que su antigua felicidad había sido una mentira comparada con su dicha presente. Pero aquél era uno de los pensamientos que tenía que borrar, pues ser feliz supone ser generoso y así ha de comportarse uno, mal que le pese. Abrió, pues, la portezuela.

—Métete en el coche, Bill, y te llevaremos a casa.

Pero había otro factor que no había tenido en cuenta. Chivo creía que era su esposo y su honradez le indujo a sacrificarse a sí mismo. Soltó el volante y pisó la carretera, invitando con un ademán a Bill a que ocupara su lugar, lo cual, seguido de estas palabras, no dejaba ninguna duda respecto a sus intenciones:

—Su sitio es éste, señor... ¡Adiós, señora!

Bill maniobró con placer las marchas del coche, sin preocuparse ya de otra cosa. Jane se recobró de su asombro para protestar:

—Pero, Chivo, si usted viene con nosotros...

—¡No, señora!

La negativa era firme. Bill les acució:

—¡Pronto, que el tiempo apremia!

—Sí, pero no podemos abandonarle.

Chivo hizo un esfuerzo para tranquilizarla con una sonrisa.

—No me pasará nada, señora. Usted debe marcharse sola, con su esposo.

—Pero, Chivo, si no estamos casados... ¡Yo no estoy casada!

Los pies del joven echaron raíces y todo se le antojó una pesadilla. Tenía la impresión de que una mano gigantesca le impedía dar un paso en dirección del coche, cuyas ruedas corrían con velocidad creciente.

—¿Qué? — gritó con el cerebro embotado por la noticia.

—¡Que no estamos casados! — le aseguró la voz de Jane cada vez más lejana—. ¡Le digo que no estoy casada! ¡No, no, no! ¡No!!

El automóvil se perdió definitivamente en la lontananza, sin que Bill lo frenara. Chivo no se contrarió. Los que se aman, siempre vuelven a encontrarse por enorme que sea la Tierra. Ahora tenía la certeza de que Jane le pertenecería. Y lanzó la pregunta que no formulara a Jane en el momento oportuno, antes de salir del auto, con toda la fuerza de sus pulmones, como un desafío a las estrellas.

—¿No? ¿No? ¿No?

\* \* \*

Butch no poseía un carácter tal que formulado un plan dejara que sobre él las telarañas urdieran su inconsutil tejido. Minutos más tarde de la separación de Jane y de Chivo, su automóvil tragaba las millas con una voracidad que no

deadecía del apretón que el conductor propinaba al acelerador. Entre dos de sus compinches, estudiaba el paisaje con la atención de un perito en tabernas, en otras palabras, era víctima de una indiferencia, hermana de la atonía, hasta que su cuerpo vibró como si hubiera recibido un mazazo en la nuca.

—¡Eh mirad! — dijo señalando hacia delante—. ¿No es ese el coche de Shay?

—Creo que sí.

—Bien, echaremos un vistazo y nos aseguraremos.

—De acuerdo, jefe.

Según el código no escrito de los automovilistas, cuando un coche encuentra a otro parado en despoblado, el que está en marcha ha de formular una cortés interrogación. Bill, dispuesto a no aprender jamás, acató esta cortesía y los neumáticos de su vehículo chirriaron. Viendo a dos de los gangsters a ambos lados y considerado su aspecto, exclamó:

—¡Americanos! ¡Por fin!

—¿Qué espera de nosotros? ¿Que nos pongamos a bailar "claqué"?

Butch se reunió a los asaltadores y dijo con afabilidad:

—¡Eh, joven amigo!, ¿qué tal su estupendo trabajo de guiar?

—Sí, es mío el coche. Es decir, de mi padre. Mi padre es P. Wharton Shay.

—Es cuanto quería saber—replicó Butch tendiéndole la mano—. Le aseguro que me place conocerle.

Jane en seguida se percató de que la imprudencia y el tonto or-

gullo de Bill les habían vuelto a meter en un nuevo laberinto de aventuras. Por si fuera poco, dos gangsters la apremiaron a que bajase del coche con nada suaves estirones.

—Por favor, ¡déjenos pasar!— exclamó ella—. Vamos a cruzar la frontera.

Butch lanzó una risotada sarcástica que puso en conmoción los sensibles nervios de Bill.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Que se cree usted eso! Vamos, americanos, salgan del coche.

—¡Eh! Espere un momento. Mi padre es P...

Algo duro puso fin a su protesta. Jane no dijo nada. Estaba convencida de que habían escapado de una ratonera para caer en la boca del lobo y casi añoró la suave cortesía de Braganza, al sorprender los ávidos ojos de Butch clavados en ella. Este último ordenó a uno de sus cómplices:

—Pon la chica en mi coche.

\* \* \*

Braganza se paseaba por el patio esperando a que Butch cumpliera su promesa de presentarse en el rancho y, casi a renglón seguido de este pensamiento, que ocupaba toda su mente desde que sus prisioneros se habían esfumado, se oyó el sonido estridente de un cla-

xon y entraron por la puerta los coches de sus aliados.

—¡El señor Butch! ¡Jefe, el señor Butch!

Estas palabras del guardián fueron la mecha que hizo explotar la vehemencia de los bandoleros, y recibió el gangster una acogida reservada en su patria a personaje de más fuste o de conciencia más tranquila. Braganza, seguido de Campo, con más dificultad, corrió al coche y estrechó las dos manos del recién llegado.

—¡Ah, señor Butch! ¡Está usted en su casa, señor Butch!

—¿Mi casa?

—Es la manera de dar la bienvenida en este país.

—¡Ah! Eso es un buen "farol".

—¿Un buen "farol"? —repuso, extrañado, Braganza.

—Sí, en mi tierra, el "farol". Ya, ya irá usted aprendiendo—le afirmó en tono protector que hizo dar un salto a Campo.

—¿Aprendiendo, eh? Le digo que me cuadra esa jerga. Aprendaré y mucho.

Y reparando en los presos, añadió:

—Señor Butch, es usted listo.

—Sí, que encierran al muchacho—ordenó, y se vió obedecido al instante—. La chica queda desde ahora bajo mi protección personal y quiero para ella la mejor habitación de la casa.

Braganza hizo una cortés reverencia.

—La casa es suya.

—Tan cierto como el Evangelio—respondió con sorna el gang-



ter—. Oiga, Braganza, créo que se está volviendo usted muy descuidado. ¿Qué es eso que la gente se le escape así como así?

—Le prometo que nunca más volverá a ocurrir—dijo con humildad el bandolero.

—Sí, ya puede asegurarlo — exclamó con suficiencia el americano—. Y ahora escuche: lo arreglaremos de este modo. Usted ha dicho que la casa es mía, ¿no es así?

—Sí.

—Pues, nada; ordene a sus hombres que descansen y los míos trabajarán el asunto hasta el último instante.

Campo, al que no cegaba la admiración, aquilató el verdadero alcance de la sugerencia. Dando un paso apretó el brazo de Braganza advirtiéndole, mientras protestaba:

—¡Ah, no!

Pero Braganza lo desautorizó inmediatamente:

—Está bien. ¡Muy bien!—y su risa se unió a la de Butch, pero dió la casualidad de que cada uno reía por motivos distintos.

Los gangsters, con aire de superioridad, fueron relevando a los malhumorados mejicanos que estaban de centinela, ocupando los puestos estratégicos de la hacienda. Y los hombres de Braganza empezaron a maldecir la torpeza de su jefe, cuando un perdonavidas, con humos de tal, despachó del sagrado recinto de la cantina a su empleado, anunciando:

—Este local ha cambiado de dueño y a partir de hoy será regido estrictamente a la americana.

Y señaló un letrero que rezaba: "No se admiten cheques".

Braganza estaba perdido, pero... ¿quién sabe?

## CAPITULO VIII

## UNOS BANDIDOS CORRIENTES

Cuatro días más tarde, y a lomos del último borrico conducido por un arriero, entró Chivo en la ciudad en que tan triste notoriedad habían adquirido sus cantos, como no tardó en comprobar en cuanto se despidió del amable hombre que hasta allí le había llevado, y su atención fué atraída por un cartel, pegado en la pared de un cine. Que aquel cine fuera en donde había cantado, de momento fué sólo un recuerdo sentimental que apagó lo que veían sus ojos, pero que después tuvo bastante importancia en su destino. El mencionado cartel exponía a la curiosidad pública, y también a su codicia, los retratos de Braganza y de Campo, anunciando unas primas fantásticas por su cabeza, y, esto fué lo que apresuró el ritmo de su corazón, el suyo propio adornado por un rótulo en que se ofrecía cincuenta pesos por su persona.

Como tenía más hambre que miedo, y más deseos de reunirse con Jane que lo primero, hizo de tripas corazón y se colocó en la fila de espectadores esperando que le llegara el turno. El director columbróle y segundos más tarde telefo-

neaba a la policía, cobrando el precio de la traición.

Chivo fué llevado a la presencia del capitán, de sus auxiliares y de cierto detective norteamericano, al que los acontecimientos narrados habían importado a aquellas tierras. El era el que dirigía el interrogatorio, mascando un puro, en mangas de camisa, el chaleco abierto, el sombrero calado y sentado en la mesa del capitán, que le escuchaba con una benevolencia no exenta de ironía.

—¿Conqué no quieres hablar?— exclamó el detective, amenazándole—. Déjelo de mi cuenta, capitán.

—No, nada de eso — le replicó éste, sabiendo a qué aludía.

El detective se pasó el puro de un extremo de la boca a otro y se inclinó hacia Chivo, que ocupaba un sillón con las esposas puestas en las muñecas, y a quien acusaba de tomar poco en serio su eficiencia, puesto que únicamente hablaba con el jefe de la policía.

—Escucha, muchacho, es mejor que confieses y nos digas dónde está esa guarida. — Se encaró con el jefe de la policía. — ¿Ha oído usted hablar del tercer grado?

—Lo hemos oído, pero no se admira gran cosa en esta tierra.

—Pues, mire, me han confiado allá la misión de desenredar la madeja y...

Chivo hizo un gesto de impaciencia. El detective le desagradaba.

—Si le estoy diciendo, capitán, que ayudé a Bill Shay y a la señorita a escaparse.

—¿A escapar?—rugió el detective—. ¡Si no se han fugado! Y lo que es peor, esos granujas han subido el precio del rescate de diez mil "pavos" a cien mil. ¿Qué te parece?... Además, ¿qué hace aquí, en este pueblo?

Chivo continuó hablando al capitán, como si el americano no existiera:

—Verá usted, capitán. Estoy enamorado de la señorita; no está casada. Iba en su busca hacia la frontera, pero estoy sin blanca y me vine aquí a ver si me prestaba algunos pesos el señor Martinis, el del cine en que yo trabajaba.

El jefe de la policía le escuchó con bondad, emocionado por aquel relato de amor y de aventura, lo mismo que sus subalternos, pero el deber es el deber... Y preguntó:

—¿Es que no quiere decirme dónde están?

—Si lo dijera, capitán, la lucha no se haría esperar y habría una matanza.

—¡Ya!—se burló el detective decepcionado—. ¿Qué corazón más tierno tiene usted para ser bandido!

Chivo montó en cólera y se refirió a él en un tono tan desprecia-

tivo que arrancó una sonrisa de los labios de la policía local:

—He dicho que yo no soy un bandido, Capitán, siento más deseos que usted mismo de que se les capture.

—Entonces, ¿por qué no nos ayuda?—dijo el funcionario.

—Tal vez pueda... tal vez. Tengo una idea. Creo que dará resultado. Conozco a Braganza.

Y el capitán podía apostar que Chivo no erraba. La misma noche Chivo, con una de las esposas en una de sus muñecas y la otra en la de Fito, comparecía en la radio y aguardaba enervado el instante de transmitir un mensaje. Antes que él cantaba el trío de gordas, risueñas y trinantes mejicanas a las que había interrumpido en cierta ocasión.

En la hacienda de Braganza las cosas iban de mal en peor. La irascibilidad de los gangsters crecía con el paso de los días, y se ponía en evidencia en su trato con los mejicanos, que los evitaban. Actuaban como los dueños absolutos del cotarro, unos dueños excitados, puesto que P. Wharton Shay no daba muestras de vida, lo que podía indicar dos cosas: o que su hijo le importaba un comino, o que la policía del país laboraba para descubrir el escondrijo de las dos pandillas. Naturalmente, su ansia por cobrar el rescate, huir y traicionar a Braganza crecía en Butch y sus compinches en razón directa de la intensidad del silencio paterno.

En la sala principal de la ha-



cienda estaba Butch con sus cuatro lugartenientes escuchando la radio, que emitía las voces del trío. Algo apartada del siniestro grupo, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la mesa, estaba Jane, de la que el jefe no se alejaba un segundo. Detrás de ella, confundidos con las sombras, adosados al muro, había cuatro o cinco mejicanos, y con ellos Diego, cuyas miradas no se desprendían de los americanos. Acaso esta indeseada presencia contribuía a sacar de quicio a Butch.

—¡El estribillo de esas hermanitas me pone loco! ¡Oh! — rugió Butch encarándose con la radio con aviesas intenciones.

—Tranquilícese, patrón. Las noticias sensacionales vendrán después del trío.

—Es la última ocasión que les doy a esa gente.

Se sentó nuevamente ante Jane, que no reparó en él, entregada a sus meditaciones. En su fuero interno temblaba, pues la situación se estaba tornando insostenible.

Tal era también el criterio de Braganza que conversaba en el patio con Campo. Cuando su pasión por el progreso fué amainando, lo que ocurrió necesariamente con el trato de los gangsters, empezó a ver claro el juego de éstos y... ya tenía bastante.

—¿No sabes, Campo? Algunas veces creo que tal vez tengas razón.

—Casi siempre tengo razón—fué la despiadada respuesta.

—Tan sólo hay un hombre que siempre tenga razón.

—¡Ah, no lo digas!... Déjame adivinarlo—se burló Campo.

—¡Ese soy yo!

—Te tenía clasificado en tercer lugar. Has de saber, compadre, que ese hombre, Butch, se me ha atravesado.

Braganza inclinó afirmativamente la cabeza.

—Te digo, francamente, que el tipo no me hace mucha gracia. ¡Está muy mal educado!

Campo podía apostar su caballo contra una bala en el corazón sobre que las cosas rodaban hacia atrás, hacia su primitivo modo de ser.

—¡Terrible!... aprobó—. Y no olvides que es un ladrón.

—¡No! No me lo digas. ¿Has hablado con mis hombres?... Muy bien.

Estas sencillas palabras eran bastante explícitas para que Campo aquilatara su verdadero significado y se entregara a una tarea muy de su gusto, como no tardó en hacer. El imperio de los gangsters en Méjico tocaba a su fin y pronto se percatarían de ello los guardianes de Butch. Braganza penetró en la sala principal sin dirigir una ojeada a sus aliados los gangsters, cada vez más inquietos por el giro de los acontecimientos, y se inclinó ante Jane, cogiendo sus manos con ternura paternal.

—Señora, yo la aprecio muy de veras y creo que usted aprecia mucho a mi chamaco. — Jane emitió unos sonidos afirmativos y Bragan-

ra añadió—: Contentísimos entonces de no haberle dado muerte.

Su aspecto cariñoso encendió un volcán de celos en el alma de Butch, el cual se les interpuso y cogió la cara de Jane, a pesar de los esfuerzos de ésta por esquivarle:

—¿Qué es esto?—gritó—. ¿Qué iba a ser de Butchie? ¡Oh, no se me avergüence, guapa!

—Señor Butch, no debe molestar a nuestra huésped—aconsejó suavemente Braganza.

—¿De dónde sacas eso de nuestra?

—Entonces diré: mi huésped.

—Pongamos esto en claro, Braganza...

Pero el asunto quedó pendiente hasta mejor ocasión. El trío acabó su interpretación y un gangster avisó:

—Van a dar las noticias sensacionales, patrón.

—Noticias sensacionales—anunció el locutor, atrayéndoles hacia el aparato—. Señoras y caballeros: Del rapto de Shay, el de los cien mil dólares, tenemos poca información. Se desconoce el paradero de la joven pareja. La policía sigue haciendo toda clase de esfuerzos para detener a los culpables y espera importantes acontecimientos en breve. — Butch lanzó una exclamación de desilusión, pero el locutor añadió—: Entretanto, señoras y caballeros, esta estación va a permitirse una novedad en los anales del crimen. Vamos a presentarles un cantante que dedica su canción a los raptos de Shay.

El capitán de la policía indicó al director de la orquesta que podía comenzar y la voz que llegó al rancho y llenó la sala ocupada por los bandidos levantó a Jane de su asiento y precipitó a Braganza hacia la radio:

—¡Sí es mi chamaco!... ¡Y canta para mí "Estrellita"!

\* \* \*

Al terminar Chivo su canto, su astucia había surtido efecto. Los ojos de Braganza relampagueaban y respiraba furiosamente, mientras sus manos le aplaudían. Lanzó un gemido que cortó al oír a Chivo, diciendo:

—¿Está usted escuchando, jefe? Este es su chamaco que le está hablando.

—Sí, te escucho, "manito"—gritó Braganza sin darse cuenta—. ¿Dónde estás?

—¿Quién es ese individuo?—preguntó Butch, pero nadie le hizo caso.

—La policía me ha detenido, jefe. — Hizo sonar las esposas. — Escuche, acaban de esposarme, ¿me oye usted, jefe? Van a meterme en

la cárcel, jefe, porque no quiero traicionarle.

Braganza apretó el aparato entre sus dos manos, rugiendo:

—¡Iré a libertarte!

—De una forma puede libertarme—siguió Chivo, como si le hubiera oído—. Por favor, devuelva al muchacho y a la señorita. Usted sabe que la quiero. Jefe, no está casada ¿Por favor, devuélvamela!

—Sí, lo haré... Lo haré, descuida.

—Sé que atenderá usted a mi súplica y ahora, mi jefe, su chamaco va a decirle adiós.

—¡Adiós, adiós, chamaco, adiós! Pero, pero... escucha...

El impetuoso bandolero tuvo que ceder a la realidad. La radio continuó su programa normal. Con la barbilla hundida en el pecho avanzó hacia la mesa y no reparó en lo que le rodeaba; pero Butch, gritando, le volvió al mundo de los vivos:

—¿Conque chivato, eh? Bien, nos largaremos antes de que pueda llegar la "poli".

Y se puso a abrochar el chaleco.

—Debo salvar a mi chamaco. Tiene razón. Debo soltar a la señorita y al muchacho — murmuró para sí el bandolero; y dijo en voz alta:— Yo "dimito" por lo que atañe al secuestro.

Butch lanzó una risotada que enderezó la espalda de Braganza:

—Hace cuatro días que dimitiste y eras tú el único que no lo sabía. —Y hablando a Jane:— Tú, escucha; de ahora en adelante se acabaron las contemplaciones.

—No debes hacer nada a la señorita—recomendó Braganza.

—Tomo las riendas desde ahora y, entérate bien, se acabaron los ataques de historismo. ¿comprendes? Tú te vienes conmigo.

Pero Jane no estaba dispuesta a hacerlo y cerrando sus diminutos puños se preparó para defenderse. Butch, furioso por el ademán, levantó su mano y la amenazó con golpearla.

—Bien, tú lo has querido.

Pero Braganza le contuvo.

—Suéltame, imbécil, o te...

Braganza le desafió acercándose con lentitud y mirándole a los ojos. Jane se echó a un lado, mientras los americanos y los bandoleros se ponían en pie.

—¿O te qué?—preguntó Braganza.

—Ganas me vienen de liquidarte aquí mismo.

—Tienes pistola... Sácala—le ordenó el bandolero sin inmutarse.

—Dílo otra vez.

Pero aquello era mucha conversación para el expeditivo Braganza. Butch no empuñaba su arma. Sonriendo con desprecio acercó su pecho al de su contrincante y de tal suerte le fué haciendo retroceder.

—Conque cobarde, ¿eh? — despreció el mejicano—. ¡Permíteme! Y le arrebató el arma.

—Tú no me puedes hacer esto —aulló Butch.

Fueron las últimas palabras que se le oyeron en la hacienda de Braganza. Al hacer un gesto de ataque contra su contrincante, Butch cre-



yó que el suelo se hundía bajo sus pies, mientras algo muy duro le daba en la coronilla. Diego, con una sonrisa estupenda, se había encargado de eliminarle mediante el antiguo sistema de darle con un leño en la cabeza. ¡Volvían los viejos tiempos! Los otros mejicanos desfundaron sus revólveres con agilidad y mucho antes de que los gangsters hubieran llevado sus manos a las pistolas. Un círculo amenazador de hierro impedía el escape. Campo libró rápidamente de obstáculos la parte externa de la casa y en menos de un decir Jesús fueron los amos de la situación, empleando para ello medios estrictamente indígenas.

Por orden del jefe, Diego tañó un tambor con cara de triunfo y los bandoleros acudieron prestamente de todos los lugares al patio central. Cuando sus alaridos se hu-

bieron calmado, Braganza se subió en una piedra y les arengó:

—Ya podéis darme vivas y más vivas por lo mucho y bueno que he venido haciendo en vuestro servicio, yo, ¡Braganza! Pero, compadres, también el poderoso Braganza ha estado alguna vez a punto de equivocarse...

—¡No!—exclamaron todos como un solo hombre.

—¡Sí! Y estuve a punto de equivocarme cuando os dije que tomarais ejemplo de los gangsters americanos. Pero se acabó, compadres. Desde "ora" volveremos a ser bandidos corrientes. Podremos pasar hambre alguna vez; lucharemos muy duramente, pero en lucha franca. Tal vez nos veamos pobres y hambrientos, pero... ¡por Dios santo, seremos hombres!

—¡Viva Braganza!—fué la contestación.

## CAPITULO IX

## ¡ADIOS, CHAMACO!

Chivo y los policías esperaban en la Jefatura el fruto de la trampa, mejor dicho, del ardid usado por el cantante para atraer a su jefe con sus dos prisioneros. Los minutos pasaban y la espera se hacía insostenible. Los policías, y después Chivo, empezaron a perder las esperanzas. El detective norteamericano, a quien no agradaban ni Chivo, ni la policía mejicana, ni la suave acción que habían preferido adoptar, gruñó despedido:

—Eso es pura fantasía. Este tío se hace el tonto para que el secuestrador pueda darse a la fuga.

El capitán y los policías prescrites comenzaron a inclinarse a darle la razón. Chivo únicamente mantenía encendida una llamita en su pecho, tan débil, que apenas lo era, pero la conservaba con tenacidad. Braganza no le fallaría, no tenía que fallarle... ¡sería inícuo! Suplicó al capitán, cuya severa faz se ensombrecía por segundos:

—Le suplico, señor, que le dé a Braganza una hora más. Los entregará a buen seguro.

—¿Para qué engañarse a sí mismo?—replicó el detective—. Ese no entregará nada...

Pero un ruido de pasos en la antecámara del despacho, un tintinear de espuelas conocido de Chivo y rumor de voces, dominaron el final de la protesta del detective. La puerta del despacho del jefe de policía se abrió de golpe y, enmarcado por las jambas, apareció Braganza. Se destocó, echó hacia atrás la blanca capa que le cubría e hizo una reverencia:

—Buenas noches, señores.

Estaba tan fresco y sereno como un pétalo de rosa mojado por el rocío. Todos se pusieron en conmoción. Los policías se llevaron la mano a la pistolera, pero el bandolero conservó su imperturbable sonrisa y su ofensiva sangre fría.

—¡Braganza!—exclamaron yendo hacia él.

—Piensen, señores, que llego en plan de huésped.

No llevaba armas.

—Puede usted pasar—aseguró el capitán.

El mismo sostuvo la puertecilla de la barrera que dividía la habitación y mandó a sus hombres que guardaran las pistolas. El detective refunfuñó, pues había perdido la partida, colocándose en segundo

término. Los policías estudiaron a su eterno enemigo con curiosidad.

—Mil gracias, capitán, mil gracias... ¡Oh, mi chamaco!

Abrió sus brazos y estrechó a Chivo, que devolvió la caricia de mil amores. La afabilidad del capitán aumentó ante el espectáculo de aquella innegable amistad y del alarde de valor y sacrificio que hacía Braganza.

—Braganza, es usted un valiente cuando se presenta aquí.

Braganza se apartó de Chivo y habló con él, con los ojos relucientes y con una fanfarronería que únicamente a él se le podía perdonar. No en balde era un gran hombre... gracias a no dormirse sobre los laureles.

—Muy cierto que Braganza es valiente — aprobó —, y no menos cierto que Braganza no es tonto. Usted sabe que siguen en mi poder Shay y la señorita y que si no regreso dentro de media hora, mis bandidos... los... ya sabe usted.

—¡Ah, sí!

—He venido en busca de mi chamaco. Y les aseguro, caballeros, que no es gran cosa.

—Puede asegurarlo — afirmó con irónica convicción el detective.

Braganza le miró de soslayo y se encogió de hombros.

—Me refiero a que no sirve para bandido. No tiene ni pizca de talento. Le di infinitas oportunidades; no sirve para atracos, deja escapar a los prisioneros y ni siquiera sabe comportarse ante el pelotón de fusilamiento. ¡Ah! ¡He sufrido una verdadera decepción!

Dejó caer la cabeza sobre su pecho, abrumado por el dolor y la desesperación. Chivo sabía que eran aparentes. Pero el capitán, más buen catador de caracteres que el cantante, dedujo que había una parte de verdad en el relato del bandolero.

—Entonces, ¿para qué quiere su libertad?

La frente de Braganza pareció irradiar una luz que embelleció su cetrino rostro. Colocó una mano en el hombro de Chivo antes de responder:

—Porque, capitán, sabe cantar. ¡Tiene una voz!... Me lo va usted a devolver, ¿verdad?

El capitán le estudió meditabundo. Tras de la infantil petición del bandolero había, a no dudar, una proposición. Braganza era un caballero y no aceptaba un regalo sin abrumar de dones al donador, fuera de la especie que fuere, ya riquezas, ya balas. Posible era, puesto que tan tranquilo estaba, que sus hombres le estuvieran esperando con los fusiles montados para asolar la población. Pero era una tontería pensarlo. Sus subalternos hubieran dado la señal de alarma.

—¿Qué es lo que se propone, Braganza?

Este se frotó las manos de contento. La interrogación del capitán encerraba una muda aceptación de sus fines. En el terreno de los negocios no discutirían. Es más, les iba a maravillar.

—Pues, a cambio, le devolveré al joven Shay, el de los cien mil dólares... ¡Ah! ¡Válgame Dios! —añá-



dió simulando reparar una distracción imparable—. ¡Por poco lo olvido! ¿Conoce a Butch y a su cuadrilla?

El capitán tenía noticias de ellos, pero el detective, saltando sobre sus pies como si le hubieran apaleado, se le adelantó, merclándose a la conversación, con risible expresión de avidez.

—¡Los conocemos! ¡Pero si esa gentuza está acusada de todo, desde el robo de perros hasta el asesinato!

La exclamación del detective fué agradecida por Braganza. El capitán tendió el oído. La cosa se ponía interesante. Braganza les estaba dando una soberbia lección gratis y estaba al borde de reventar de orgullo, cuando dijo, hinchando su pecho como una paloma de jardín que coquetea con el rey de la bandada:

—Bueno, los obsequiaré con la pandilla. Capitán, se los meto dentro para rato. ¿Qué me dice usted?

Chivo aun sufría una incredulidad rayana en el escepticismo. Pero viendo al capitán y al detective tan interesados en la oferta de Braganza, tuvo que concluir que no era una emboscada. El capitán puso de nuevo en tensión sus facultades mentales y calculó las ventajas e inconvenientes del asunto. Que no se podía apoderar de Braganza era patente, puesto que en poder de sus hombres estaba la codiciada pareja, la cual podía acarrearle una seria protesta del consulado norteamericano; lo mismo acontecía con Chivo, además de que sus delitos

eran de poca monta y se vería libre tras de unos meses de cárcel. Pero se le hacía muy cuesta arriba desaprovechar una ocasión semejante y las manos le picaban ansiosas de asir a Braganza e introducirle en el calabozo sin más elucubraciones. Decidióse por fin:

—¿Dónde están?

—Un momentito —dijo Braganza.

Se apartó de ellos y abriendo una de las hojas de la puerta, ordenó a uno de sus bandoleros, apostado junto a ella, con el fusil dispuesto a entrar en fuego, lo que hizo felicitarle al jefe de la policía de su determinación:

—¡Silba.

Vibró el agudo silbido y Braganza esperó con los demás. El primero en entrar en el despacho fué Diego, vuelto a su estoica impasibilidad, llevando cogida una reata a la que propinaba vigorosos estirones. Gracias a éstos y al auxilio de unos empujones de otro hombre que iba a la retaguardia, aparecieron los gangsters atados como morcillas y rebosando odio. Diego pasó la reata a un policía y se sentó.

—¡Butch! —exclamó el detective, agarrándose al borde de la mesa para no tambalearse.

Un postrer personaje se escapó de las manos de un bandolero resagado y penetró como una flecha en el despacho del capitán, despeinado, jadeante y extendiendo un dedo acusador. Era Bill. Y señalaba a Braganza.

—Detengan a ese hombre. Mi padre es P. Wharton Shay.

De esta manera quedó establecida la testarudez de Bill en asimilar las enseñanzas de los cinco días pasados entre las agonías del miedo. El nombre de su padre era lo primero que profería. Se alarmó al ver que nadie le hacía caso y que Braganza estaba libre. El bandolero le escrutó con ironía:

—¡Oh! Sigue siendo tu papá, ¿eh?

El detective, al ver a sus compatriotas, recobró el movimiento, suspendido por unos instantes, y agradeció a Braganza la oportunidad que le daba de emplear los métodos norteamericanos. Salió al otro lado de la barra y empujó a los gangsters hacia el calabozo, espoleando a los policías a seguir su rudo ejemplo:

—¡Enciérrenlos, muchachos!

—¡Llévenselos!—ordenó el capitán.

El jefe de la policía estaba contento de haber podido demostrar al detective que los bandidos de su país vencían a los del cercano, sintiendo un sorprendente orgullo en ello. Pero, repasando las caras de los detenidos y de los demás concurrentes, preguntó:

—¡Oh! Pero ¿y la joven, la señorita?

Braganza meneó la cabeza con decisión.

—La señorita sólo se la entrego a un hombre... A mi chamaco. ¿Qué, acepta usted el trato?

—¿Y qué hacemos de usted?—puntualizó el capitán.

—¿De mí? Tan sólo le pido quince minutos de ventaja.

Por tercera vez en aquella noche el capitán puso a prueba a su cerebro.

La sensación de que su deber quedaba malparado en aquel encuentro le remordía la conciencia, mientras que su caballerosidad le amonestaba a comportarse con honradez.

—Mi obligación es detenerle.

Braganza se rió con sordina al escuchar su afirmación, lo que mitigó el espanto de Chivo. Al primero la situación le divertía en extremo, como harto se veía.

—Me queda todavía la señorita... —se hizo insinuante—. Y no olviden lo aburridos que iban a estar sin un Braganza a quien perseguir por esos desiertos, como vienen haciendo la mar de años.

Los dos interlocutores se echaron a reír como viejos amigos que comentan las incidencias de aventuras lejanas ya.

—¿Quedará libre la señorita?

—Le doy mi palabra de caballero y de bandido —respondió gravemente y le tendió la mano.

Estrechóla el capitán con idéntica expresión.

—Y yo le doy la mía, pero no olvide... ¡sólo quince minutos!

—¡Bueno! ¡Capitán, señores, adiós! —dijo inclinándose—. Vamos, chamaco. No se olvide, quince minutos.

El capitán inclinó la cabeza, consultó su reloj y los bandoleros desaparecieron sin apresurarse. El capitán podía dar por perdida la partida. Lo sabía y no le importaba; pero no así al detective norteamer-

ricano, que se le acercó con fiereza.

—¡Bien! ¡Emprendamos la marcha!

—¿Eh?

—No irá usted a dejar que se aproveche de esos quince minutos de ventaja, ¿verdad?

Pero se equivocaba. El capitán estaba dispuesto a hacerlo y por si su aspecto no bastaba, dijo una sola frase que contenía mil tratados de honor:

—Le he dado mi palabra.

El código de honor del detective era muy distinto. Hizo una mueca despectiva y se caló el sombrero hasta las orejas.

—Pero no tiene la mía.

Por rápido que se moviese hacia la puerta más rápido fué aún el capitán. Abrió su pistolera y encañonó con firme mano al detective.

Braganza hubiera pagado mucho para presenciar aquella disputa. El capitán era como él un caballero y en esto coincidían. El detective tuvo que tascar el freno, convencido por la "dialéctica" del capitán.

\* \* \*

Jane, desde que Braganza la hiciera entrar en una pintoresca casa de las afueras, permanecía sentada en una silla y sin probar un bocado de los manjares que el bandolero había hecho preparar para matar el

aburrimiento de su ausencia, colocados sobre un barril. De vez en cuando salía a flote en la tormenta de sus pensamientos y de su amor y miraba con reparo a los hombres de Braganza que la rodeaban, para que no se escapara, como una muralla inexpugnable.

¿Y cómo se iba a escapar? Algunos trozos de las conversaciones sostenidas durante el trayecto hasta la ciudad habían llegado a sus oídos y sabía que Chivo se reuniría con ella. ¿Qué más podía ansiar? Oro para que el bandolero tuviera suerte en su empresa y para que saliera con bien de ella. Después, aunque medrosamente, se entregó a la deliciosa agonía de aguardar sin saber a punto fijo a qué atenerse.

Si los minutos se le antojaban siglos a Jane, otro tanto le sucedía a Campo, paseándose nerviosamente ante la puerta del mesón en que Chivo había ingresado en la partida, y en donde Braganza le había dejado. Su inquietud se transmitió a los hombres que sostenían a los caballos por las riendas y apenas murmuraban. Los que custodiaban a Jane todavía estaban más atentos.

Braganza y Chivo recorrieron con la velocidad de un expreso las polvorientas y adormecidas calles de la ciudad, rompiendo en vítores sus secuaces. Chivo recordaba otra cabalgata semejante, que le había guiado a la dicha. Ahora la dicha era suya y unas inmensas ansias de cantar brotaban en su corazón. Doblaron varias esquinas, tableteando



los cascos secamente en la oscuridad, y se presentaron en el mesón.

Campo esperaba impacientemente y en cuanto Braganza desmontó le salió al paso, tirando el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—¡Hola!

—Perorando por ahí otra vez, ¿no? Vámonos. Tenemos que largarnos en seguida, ¡pronto!

—No, Campo, nos queda mucho tiempo. Quince minutos... puede que sólo diez minutos ahora, pero hasta y sobra, ¿eh? Vamos, chamaco.

Campo y Chivo le siguieron y se presentaron en el patio flanqueado de soportales, en donde los bandoleros asediaban a Jane. Braganza miró al joven fijamente, como si gozara del encuentro tanto como él, y su voz vibró al hablar:

—Y ahora, chamaco, canta tu mejor canción. Canta como nunca jamás hayas cantado.

Adivinó Chivo quién le esperaba tras el cinturón de cuerpos de los bandoleros. Abrió los brazos, y levantó la cabeza a las estrellas; este simple ademán hizo que surgiera de su garganta toda su gloriosa emoción. La potencia del canto, que crecía al aproximarse a ella, hizo que un escalofrío sacudiera a Jane.

—¡Chivo!

Resonó la voz entre los muros, creció su acento, su pasión, aumentó la seducción, su llamada... Jane se levantó y hendió la barrera de sus centinelas, que ya no ofrecían

resistencia y se relan, volando hasta los brazos de Chivo.

—¡Chivo! ¡Chivo!

—¡Jane!

Braganza dió un codazo a Campo indicando con la barbilla a la pareja de enamorados, que se resarcía con creces de las contrariedades y de la ausencia. Campo los miró por encima del hombro y se marchó, molesto de las carcajadas de su jefe. Hay gente que se mete en los líos de los demás. ¡Bah!

Después se rehizo el jefe de los bandoleros y tocó la espalda de Chivo:

—¿Qué manera es ésta de acabar una canción?

Los jóvenes les acompañaron hasta la salida de la población, formada por una gran muralla pintada de blanco y una puerta monumental que empuñecía la lejanía. Como una bendición, la catedral relucía bajo la luz de la luna, fantástica, apacible.

Los policías, reducido que estuvo el detective a esperar los quince minutos, estudiaron sus relojes, calculando el lento moverse de las saetas. Pasado el cuarto de hora, el capitán lanzó un grito de aviso:

—¡Quince minutos! ¡Pronto! ¡Vamos!

Subieron a sus coches y los policías motoristas se les adelantaron, tomando las curvas peligrosamente cerradas y haciendo sonar las estridentes sirenas. Aunque el polvo hacía ardua aquella clase de locomoción, pronto estuvieron en el patio del mesón preferido por Braganza. Pero ya se había marchado. Dieron

## E L A L E G R E B A N D O L E R O

la vuelta y apretaron el acelerador. Sólo había un camino para Braganza. El de la puerta del Norte.

El agudo plañir de las sirenas coincidió con la orden de Campo a sus hombres:

—Pero, ¿qué hacéis ahora? ¿Jugar a la gallina ciega? ¡Montad los caballos!

Chivo fué el primero en advertir a Braganza de la llegada de los policías. Campo, cuya excitación iba en aumento, llevó el caballo de su jefe de la brida mientras se encabritaba el suyo:

—¡Vamos, so bucy... el plazo ha terminado!

—Un momentito. Señorita, adiós —dijo estrechando su mano.

—No más peroraciones — interrumpió Campo.

—¡Adiós, jefe!

Este montó de un ágil salto en su caballo y suspiró con melancolía, cerrando los ojos:

—Sólo hay un verdadero amor en la vida de un hombre. Ya te hablé de esto a propósito de Dolores, mi quinta esposa...

—Dolores fué tu octava esposa— gritó Campo— ¡Vamos!

Braganza no tenía prisa en alejarse. Por primera vez en su existencia sentía una vaga e inófinible tristeza al contemplar una pareja de enamorados. ¿Se acordarían mucho tiempo de él?

—¿Cantarás para mí, chamaco? Quiero oírte cantar mientras me alejo.

—Ahora y siempre, jefe, ¡siempre!—fué la fervorosa protesta de Chivo.

Braganza se puso a la cabeza de sus bandidos y agitó el brazo saludándoles, mientras cruzaban la gran explanada que moría en la puerta.

Chivo y Jane, cogidos del brazo, corrieron y se apoyaron en el sillar de piedra. El joven cumplía su promesa: cantaba con toda su fuerza, deseando que las armonías acompañaran a su leal protector en su agitada y solitaria vida. Jane se le acercó más aún. La voz de Chivo se elevó. Los jinetes eran unas sombras difusas, que se confundían con los chaparrales. Pronto no les oírían. Más fuerte aún, más fuerte, para que cruzase la distancia...

Y al acabar la canción oyeron, suave y lejano, a Braganza:

—¡Adiós, chamaco!

F I N

NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO:

## PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabú.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE! por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Victor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES BORRASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabú.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMERALDA, LA ZINGARA, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:

1. Pta.

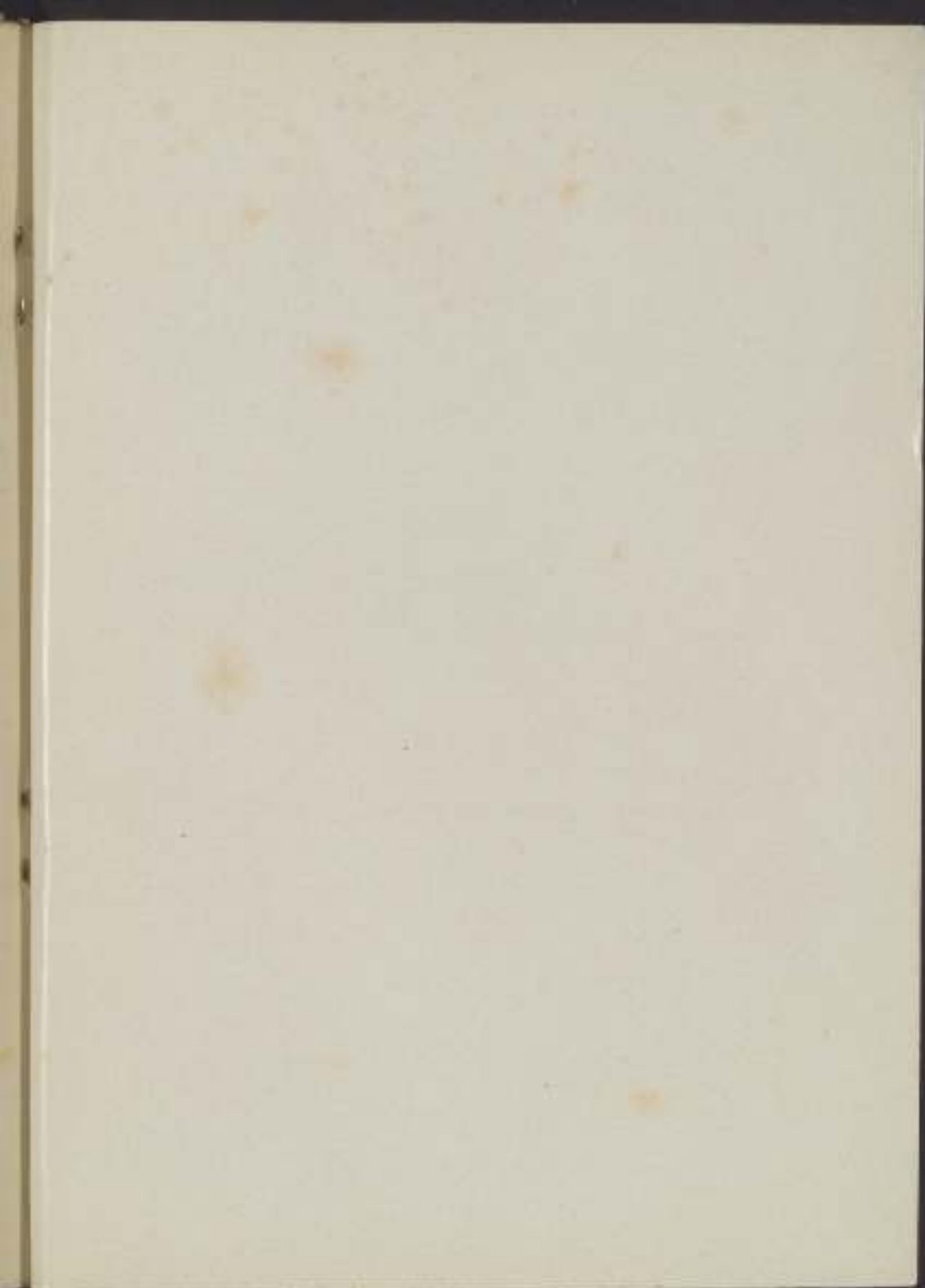


**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
las mejores novelas  
cinematográficas

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona



E. B.